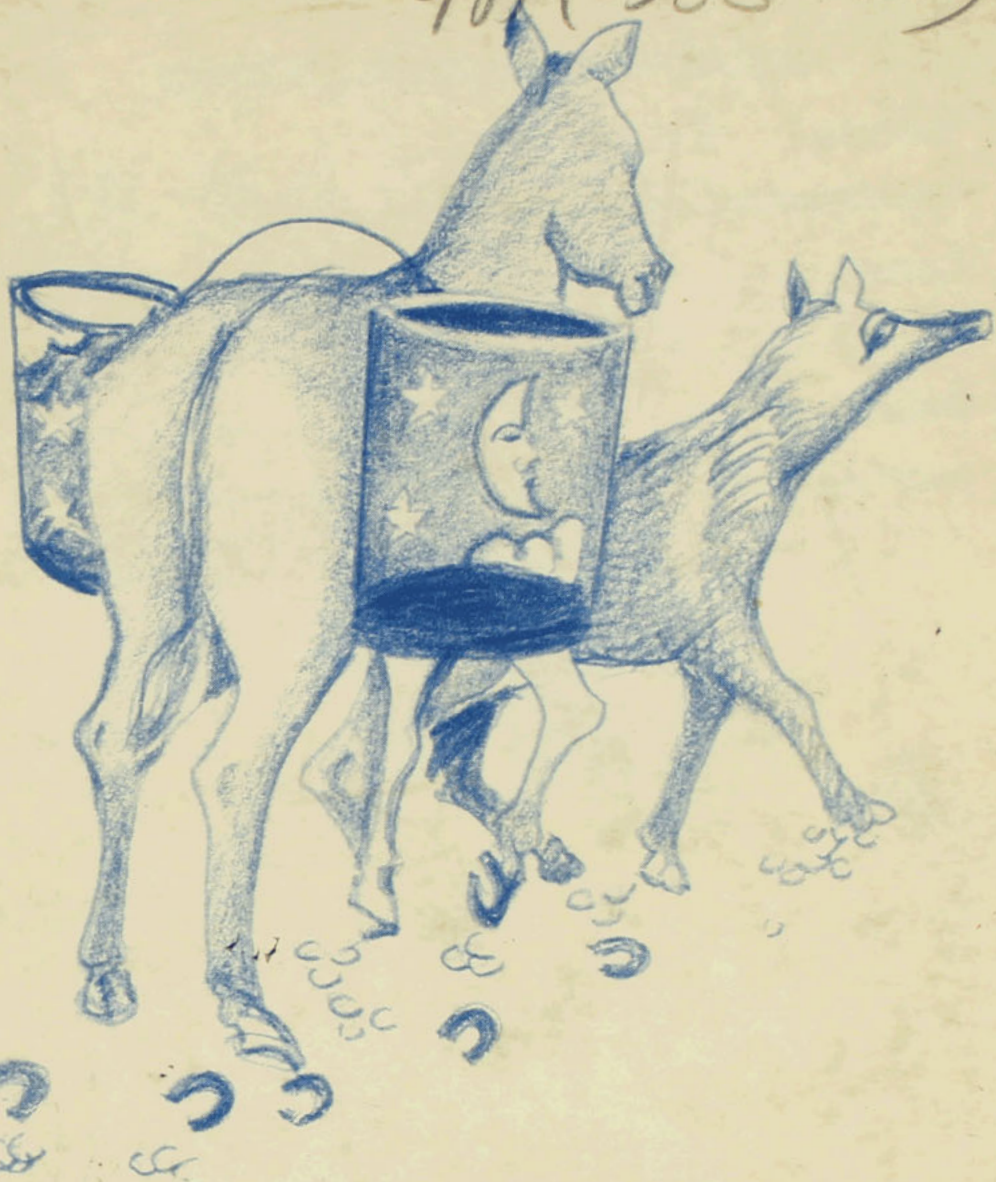


9A(388-23)



El zorro que cayó del cielo

y otros relatos de Paula Painén

SONIA MONTECINO

CENTRO DE ESTUDIOS DE LA MUJER

01210

EL ZORRO QUE CAYO DEL CIELO

Inscripción N° 64 867

Derechos exclusivos reservados para todos los países
Texto compuesto con tipos de la imprenta "El Estudiante" de Santiago 1913

Se terminó de imprimir esta 1ª edición
en los talleres de la imprenta "EL ESTUDIANTE"
San Francisco 154 Santiago de Chile

ZORRO QUE CAYO
DEL CIELO

SIN VALOR COMERCIAL

CENTRO DE ESTUDIOS DE LA MUJER

1986
IMPRESO EN CHILE

61240

bneh

Ch 898.3

P147Z

1986

C.1

AA32870

©SONIA MONTECINO, 1986

Inscripción N° 64.867

Derechos exclusivos reservados para todos los países
Texto compuesto con fotomatrices *Linotron Palatino 11/13*

Se terminó de imprimir esta 1ª edición
en los talleres de EDITORIAL UNIVERSITARIA
San Francisco 454. Santiago de Chile

Cubierta e ilustraciones
Germán Arestizábal

Proyectó la edición
Guillermo Abarca Girard

Diseño y producción
Juan Carlos Ramírez

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE

Sonia Montecino

EL ZORRO QUE CAYO DEL CIELO

y otros relatos de Paula Painén

CENTRO DE ESTUDIOS DE LA MUJER

1986

INDICE

Prólogo	7
Introducción	11
La hija del volcán	15
La que se casó con el volcán	21
El hombre que perdió a su hija	27
Mujeres del amanecer (Wün Kuzé)	33
Manuelito, el caballito de siete colores y la ranita	41
Punfutá le da poder a dos niños huérfanos	51
El casamiento de una mujer y una culebra	65
Yo soy Juanita la niña	69
El cuero del agua (Trilkewecufe)	73
La joven que engendró cueros	77
Las mujeres chon-chon	81
La machi bruja	87
El Sunpall castiga a un rico	93
La que se bañó con el Sunpall	97
El zorro que cayó del cielo	101
El zorro y el león	109
El zorro y la perdiz	117
El Chiriu	123
Notas	129

PROLOGO

SIN VALOR COMERCIAL

Los cuentos y relatos (*epeu* y *nütram*) de Paula Painén, recopilados y compuestos por Sonia Montecino, nos remiten al "actual" pensamiento mágico-religioso de los mapuches. A través de una lectura atenta nos imbuimos y descubrimos un mundo poblado de numerosos y variados seres, realidades o fuerzas numinosas, que mantienen compleja relación entre sí con la naturaleza y con los hombres.

Si se analizan detalladamente estos *epeu-nütram*, el lector podrá encontrar ese conjunto de contrastes de que se vale el pensamiento mágico-religioso (naturaleza / cultura; identidad/diversidad; continuo/discontinuo, etc.); sus mecanismos fundamentales (la metonimia y la metáfora); su vocación totalizadora (hacia la universalización como hacia la particularización), y sus orientaciones cognitivas, estéticas y afectivas. Obviamente, para tal trabajo de dilucidación, es necesario tener siempre presente la realidad social, cultural e histórica de las actuales comunidades mapuches.

El pensamiento mágico-religioso mapuche —que impregna toda la realidad del ser— está traspasado por un dualismo conflictivo y complementario entre las fuerzas del bien y las del mal. En esta lucha, la ambigüedad y la ambivalencia de los seres es central (y angustiosa), ejemplos dramáticos se perciben en el relato de la transformación de la *machi*: de curandera que prolonga la vida a bruja (*kalku*) que da la muerte; en los cuentos del Sunpall, figura que puede ser tanto benéfica como maléfica, y lo mismo sucede con el

Caballito de Siete Colores, con el zorro, el león, los pájaros e incluso con el mismo *Chao-Dios*.

Este dualismo complementario —que compromete a todo el cosmos— está constantemente amenazado (de un modo cíclico) por el caos y la muerte, lo que obliga a los hombres a asumir una “responsabilidad cósmica” ritual-sacrificial para evitar tal estado de cosas. Para entender esto recordemos el mito fundacional mapuche del Tren-tren y del Kai-kai: es la pugna entre dos culebras que aproximan o alejan abusivamente (disyunción/conjunción) el cielo, la tierra y el agua, provocando con ello la muerte, la transformación de los humanos en peces, rocas o en seres calvos. Será sólo a través de un sacrificio (humano o animal), realizado por los hombres en comunidad, el que permitirá que todo vuelva a la normalidad cíclica del cosmos. No nos cabe duda que esta misma estructura o matriz rige el conjunto de relatos de Paula Painén.

La responsabilidad cósmica es homóloga al “concepto” de reciprocidad entre los hombres, y entre ellos y lo sagrado (= numinoso). Así, en los *epeu* y *nütram* mapuches —de los cuales vemos ejemplo en este texto— la reciprocidad es “pensada” bajo las reglas del intercambio matrimonial: conflictos y soluciones, reales o simbólicos, que convergen en la búsqueda de una alianza entre los grupos de un modo simétrico o equivalente; o también “pensada” en la entrega sacrificial de las hijas o hermanas como esposas a las divinidades (volcán, Sunpall), las que posteriormente pagarán el precio de la novia con alimentos (peces o animales).

Lo importante de todo esto —y en contraste con nuestro mundo secularizado— es que el valor de la reciprocidad (de la ley) no está formulado de un modo “racional” (adecuación entre medios y fines), no es consciente ni tampoco independiente de la acción. Cuando la reciprocidad se manifiesta lo

hace de manera simbólica, en los ritos y en la vida religiosa (*nguillatún*), parental (casamiento preferencial con la hija del hermano de la madre), económica (mingaco, vuelta de mano, mediería), etc. La no formulación de los valores en la "palabra" permite a la sociedad mapuche no secularizarse, mantener su universo sacralizado, encontrando así en lo sagrado y en sus símbolos su fundamento.

En este universo mítico narrado por Paula Painén y compuesto literariamente por Sonia Montecino, el lector encontrará numerosos motivos de la tradición oral folklórica chilena. Este proceso de mestizaje oral se inicia desde muy temprano (a fines del siglo XIX o posiblemente antes de esa fecha) y, sin embargo, la matriz pareciera continuar siendo mapuche. Igualmente sorprenderá al purista y al esencialista cultural la inclusión de una serie de elementos o términos contemporáneos agregados a esta matriz: camiones, aviones, dinero, minifaldas, etc. Empero, se percibe en estos relatos la misma obsesión por la reciprocidad, por la responsabilidad cósmica de los humanos y de la comunidad, que ha sido y es el impulso de las luchas por su identidad cultural, por sus tierras, como por ocupar un lugar digno en la vida de la sociedad nacional.

ROLF FOERSTER G.

SIN VALOR COMERCIAL

INTRODUCCION

El zorro que cayó del cielo y los otros relatos de Paula Painén restituyen la voz de los mapuches, la tradición oral anidada, viva, que ahora unos labios femeninos pronuncian para procurarnos imágenes, siluetas que también trazan nuestra propia fantasía de huincas (no-mapuches). Cuando iniciamos el trabajo de recopilar las narraciones de Paula, nos animó el deseo de entregar y difundir aquello que para una vasta mayoría es desconocido: la cultura mapuche y la palabra de sus mujeres, esas señales que creemos lejanas, pero que de algún modo transitan nuestra condición.

Emprendimos el sendero junto a Paula Painén porque ella anhelaba contar a otros esos relatos que había escuchado a sus abuelas, a su madre, a sus parientes, quería decir (nos) en su expresión singular lo que su cultura se niega a conceptualizar: la relación estrecha, irrevocable de los seres humanos con lo sagrado, con el territorio donde moran fuerzas positivas y negativas que constituyen la dinámica de su mundo. A su vez, pensamos que Paula es una mujer que reúne cualidades que evidencian la potencia de una memoria histórica, que no se anula ante los avatares de que ha sido objeto su pueblo: ella pertenece a una Iglesia Pentecostal, ha sido además una tenaz luchadora en las beligerancias de su etnia acosada por la sociedad nacional, trabaja incansablemente en su pequeña propiedad para lograr la subsistencia. Mujer y mapuche que persiste en "pensarse" de la manera en que lo

hicieron sus antepasados, del modo en que aprendió, junto al fogón, a transmitir sueños (*peumas*) y sucesos.

Aun otro interés se sumó a los ya dichos: el Suproyecto Mujeres Mapuches, del Centro de Estudios de la Mujer, se ha propuesto sacar a luz los aspectos que relevan a la mujer mapuche como parte estratégica en la mantención del orden cultural, así la publicación de estos relatos se inscribía dentro de esta finalidad. De ese modo, conjuntamos nuestras inquietudes con las de Paula y recorrimos la senda de convertir su oralidad en texto. Grabamos y transcribimos, confrontamos términos, buscamos títulos y acordamos una sintaxis que permitiera una comprensión general de los contenidos sin alterar el sentido de los cuentos. Una labor hermanada, paciente y recíproca nos condujo hasta el final del camino.

Los cuentos y relatos que presentamos nos acercan, por un lado, a la vigencia de un tipo de tradición oral que perpetúa mitos, que hace hablar en la boca de los vivos a los muertos antiguos que fundaron sus estructuras y temas, variaciones sobre algunos de los *epeu* (cuentos) que aparecen en este texto pueden encontrarse en Félix de Augusta: *Lecturas Araucanas*, Imprenta San Francisco, Temuco, Padre Las Casas, 1934; y también en Yolando Pino: *Cuentos Folklóricos de Chile*, Tomos I y II, Editorial Universitaria, Santiago, 1960. Pero, por otro lado, a través de estas narraciones vislumbramos la ubicuidad de lo femenino al interior de la cultura mapuche: en la temática de las mujeres y el volcán reconocemos las modalidades del matrimonio mapuche: exogamia, patrifocalidad, "pago" de la novia. Elementos éstos que sitúan a las mujeres como parte de un intercambio entre grupos de familias y que muestran el peso de este hecho para la vida femenina.

También el vínculo inseparable de la mujer y la textilería aparece en los cuentos: la Segünpan es una tejedora enamo-

rada de un ser sobrenatural (el volcán), Juanita la Niña desprecia a los hombres porque ella es poderosa económicamente por medio de su producción textil. Así, apreciamos el lugar del trabajo en tejidos, que signa la constitución de la identidad femenina mapuche: a través de esta labor las mujeres se conformarán como tales y obtendrán una autonomía económica.

Es interesante destacar cómo emerge, a través de los relatos, la representación simbólica que la cultura mapuche propone para las mujeres. Ellas portarán la tensión de estar ligadas tanto al bien como al mal, en este último caso las mujeres Chon-chon, la machi-bruja, la mujer que se casa con una culebra nos remiten al espacio maléfico, a ese poder femenino que se alía con la brujería. Pero, la misma Segünpan, la mujer-rana que se casa con Manuelito, las pequeñas mujeres del amanecer, serán la contra-cara de lo femenino seducido por el mal: las mujeres también poseen el poder de lo sagrado, de lo mágico que ayuda a la feracidad y al equilibrio del mundo. De todos modos, tanto en uno u otro caso, la mujer se yergue como imperio que se ancla en uno de los polos que componen la vida social y natural.

Otros rasgos de la cosmovisión mapuche se encuentran en los cuentos que nos entrega Paula Painén, nos referimos a las relaciones entre los seres humanos y los animales. En las narraciones del zorro, del león, de los pájaros se ve una clara analogía entre sus conductas y las de las personas: los animales hacen *machitunes* (ceremonias de curación), viajan al cielo, sienten y hablan como los humanos, a veces se confunden con éstos (como en el caso de Punfutá...). La observación vernácula se despliega plasmando las características anatómicas de los animales, evidenciando la conjunción de los mapuches con su entorno.

El diálogo permanente de las personas con las entidades sobrenaturales también surge en estos cuentos. Las fuerzas del bien ayudan, se alían con los humanos para que éstos puedan realizar plenamente su existencia, por eso no son extraños los casamientos, las cópulas entre seres divinos y mujeres u hombres (un joven con una ranita, una mujer con el espíritu del volcán). Asimismo, la conjunción con las fuerzas del mal está presente: una joven tendrá hijos con el cuero (*trilkewecufe*), otra mantendrá relaciones sexuales con una culebra, el Sunpall atraerá a las niñas a su dominio del agua, etc.

De esta manera, creemos que el valor de los cuentos y relatos que presentamos está en las imágenes y signos que dan cuenta de la multiplicidad de rostros que porta la cultura mapuche y que ellos nos son transmitidos por una mujer: caudal que expone una forma de pensamiento que nos interpela: ¿cuán ajenos estamos nosotros a este mundo mítico que Paula manifiesta? ¿no reconocemos acaso fulgores, destellos que también configuran nuestra imaginería? La respuesta queda en manos de los lectores.

LA HIJA DEL VOLCAN

Sucedió por Osorno — así decía mi abuelita, ya que una gente de ahí le vino a contar a los padres de ella — que había un cacique que tenía tres hijas. Una se llamaba Cullenpan, la otra Lelipatapan y la menor Segunpan; una de la arena, una del mar, una del volcán.

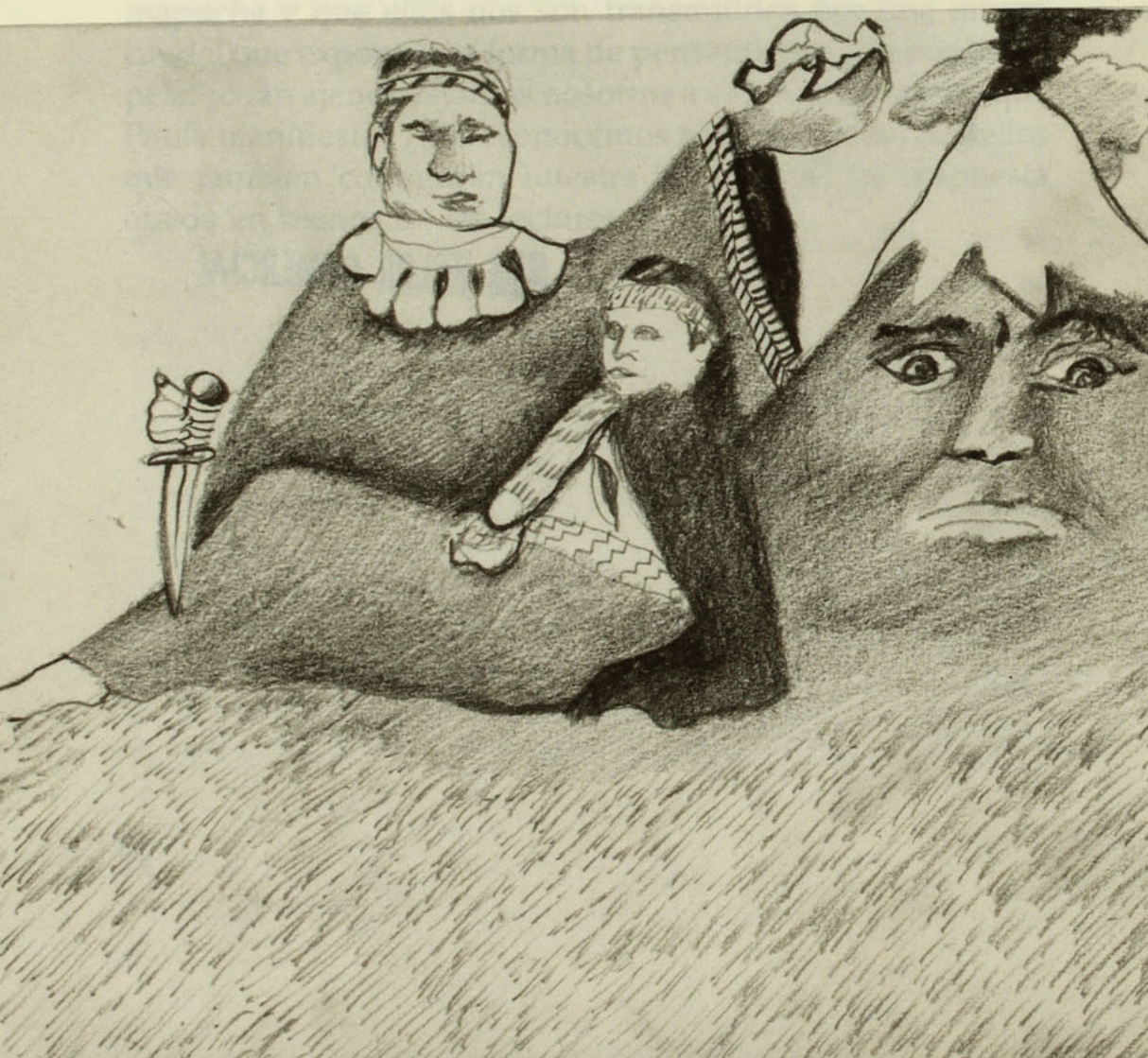
La chica, Segunpan, era muy bonita y su familia quería

SIN VALOR COMERCIAL

LA HIJA DEL VOLCÁN

De las relaciones con los dioses del bien, se cuenta en estos cuentos. Las historias de los dioses y los seres humanos para que éstos puedan vivir en su mundo, por eso no son extraños los matrimonios, las copulias entre seres divinos y mujeres u hombres (un joven con una niña, una mujer con el espíritu del volcán). Asimismo, la conjunción con las fuerzas del mal está presente: una joven tendrá hijos con el cuero (Uruvaca), otra mantendrá relaciones sexuales con una ciebra, el Sunpall atraerá a las niñas a su dominio del agua, etc.

De esta manera, creemos que el valor de los cuentos y relatos que presentamos está en las imágenes y signos que dan cuenta de la multiplicidad de roles que porta la cultura



Sucedió por Osorno —así decía mi abuelita, ya que una gente de ahí le vino a contar a los padres de ella— que había un cacique que tenía tres hijas. Una se llamaba Cullenpan, la otra Lafquénpan y la menor Segünpan; una de la arena, otra del mar, otra del volcán.

La chica, Segünpan, era muy inteligente. Ella quería hilar, eso nomás le gustaba, por eso de muy chiquitita comenzó a hilar, a hacer telar. Sus padres decían: “Esta niñita va a salir rara, ¿por qué no viene a comer, a servirse algo?”. Ella poco comía y no conversaba con sus padres y sus hermanas, sólo le gustaba trabajar y tejer. Entonces el cacique pensaba: “¿Por qué me salió la hija así? es aparte, de otro lugar parece esta niñita”.

Así siguió, siguió la Segünpan sin compartir con su familia. Una vez, los padres viajaron con ella a la Argentina, pasaron cerca de un volcán y la niña lo miraba.

—¡Quién pudiera tener casa aquí! Subir hasta la cumbre —exclamó la Segünpan.

—¡No! eso es muy peligroso, mueren ahí, hay gente adentro —le dijo su papá.

La niña pensaba todo el día en el volcán y en su telar. Tenía al volcán tan cerca, al frente, y quería una casa allí, porque todas esas tierras eran de su familia, los

caciques antiguos tenían sus mil, dos mil hectáreas. Pero su papá le decía:

—¿Cómo va a tener casa sola? ¡No! es peligroso porque el volcán revienta.

—¡Buh! a mí el volcán nunca me haría mal, él me gusta —le contestaba ella.

Un día se puso bravo el volcán, tiró piedras, ardió, no paraba nunca. La gente arrancaba, dejaba sus casas, llevaban sus animales lejos para que no murieran. Arrojava piedras, agua hirviendo el volcán y la gente se arrodillaba, oraba, pedía a Dios en mapudungu¹ le decían: “¿Por qué haces esto si somos de aquí? Somos pobres ¿por qué nos quitas nuestras cosas?”. La Segünpan estaba muy calladita.

Una noche el cacique soñó: “Usted me va a dar una hija para que pueda parar el volcán. Si no me da una hija esto va a seguir y se va a acabar todo, pura piedra se va a volver, porque les vamos a tirar piedras y agua hirviendo. A su hija, a la Segünpan quiero”. Después de ese sueño, el padre de la niña lloraba escondido por el campo. Su esposa lo siguió un día, en el monte lo encontró sollozando.

—¿Por qué anda así? ¿Tiene problemas? —le preguntó.

—A mi hija me la pide el jefe del volcán, quiere casarse con ella.

—¿Qué vamos a hacer? Si es así hay que darla nomás —opinó la madre.

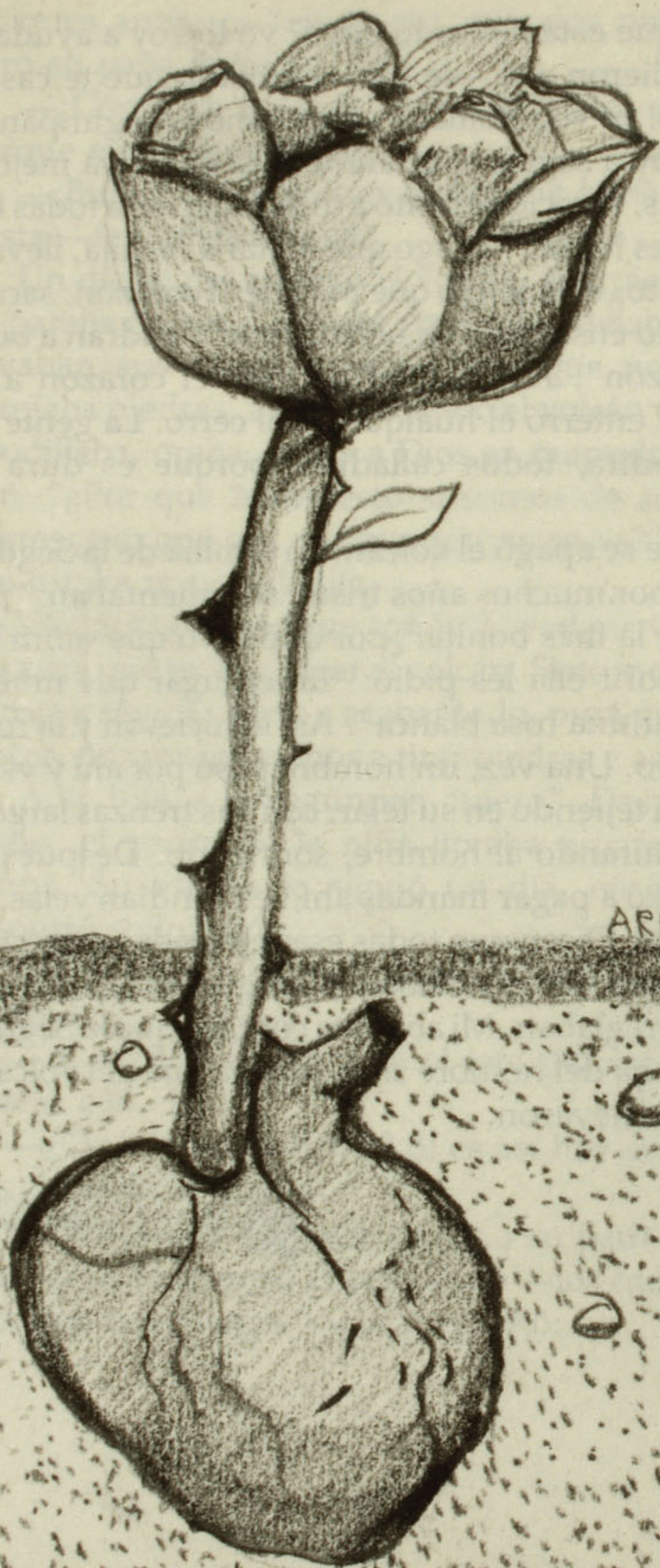
La Segünpan también siguió a su padre porque lo veía llorar, le acarició el pelo largo —los caciques antes lo tenían muy largo— y le preguntó:

—¿Por qué está llorando papá? yo lo voy a ayudar.
—Te pidieron a ti —le dijo— quieren que te cases
—¡Claro! yo voy nomás —respondió la Segünpan—
de allá lo voy a seguir ayudando para que viva mejor.

Entonces, el cacique juntó a toda la gente, a todas las familias, y les habló: “Tengo que matar a mi hija, llevarla a ese cerrito, viva tengo que partirle el corazón, sacárselo y dejarlo ensartado en un huaique² vendrán a buscar su corazón”. Así lo hizo, le sacó el corazón a la Segünpan y enterró el huaique en el cerro. La gente se quedó calladita, todos calladitos porque es dura la muerte.

Esa tarde se apagó el volcán. La familia de la Segünpan quedó por muchos años triste, se lamentaban: “¡La mejor hija y la más bonita! ¿por qué tuvo que morir?”. Antes de morir ella les pidió: “En el lugar que muera van a plantar una rosa blanca”. Así lo hicieron y la rosa creció ligerito. Una vez, un hombre pasó por ahí y vio a la Segünpan tejiendo en su telar, con sus trenzas largas, tejiendo y mirando al hombre, sonriendo. Después la gente empezó a pagar mandas ahí, le prendían velas, le dejaban plata. Dicen que todas esas cosas desaparecían y que los enfermos se sanaban, a los que tenían problemas se les arreglaban. Mi abuelita contaba que la Segünpan no era hija del hombre sino que era hija del volcán, por eso se la llevaron.

SIN VALOR COMERCIAL

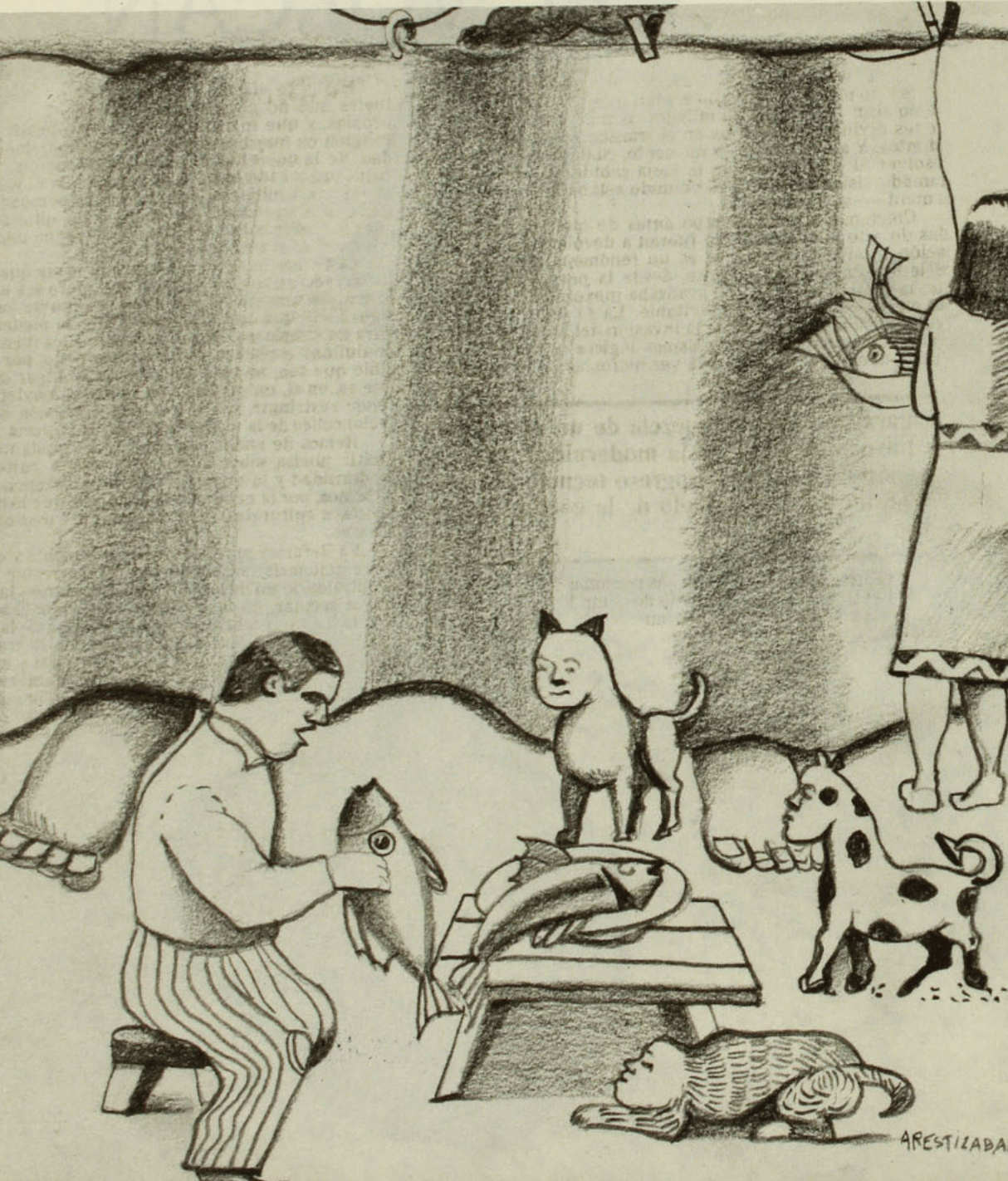


ARESTIZABAL 86

LA
QUE SE CASO
CON
EL VOLCAN



LA
CASA
CON
VOLCAN



ARESTIZADA

Contaban de una niña que fue a darle agua a los animales y con caballo y todo se perdió para la cordillera. La rastrearon, pero la gente estaba acostumbrada y dijeron: "la tomó el volcán, el río la cazó", se resignaron, no la buscaron nunca más. Como a los dos años, la gente salió a la cordillera a buscar piñones, estuvieron una semana juntando³. Un hermano de la niña, un joven, se extravió en los piñonales, se perdió del camino, llamaba, gritaba pero nadie le respondió. Pensó: "Mañana a lo mejor voy a encontrar a mis compañeros". De repente apareció una mujer, era su hermana.

—¡Bah! tanto tiempo que andas por aquí —le dijo— ¿viniste a buscar piñones?

—Sí —le respondió él.

—Tengo mi casa aquí —le contó la niña. Estaba pálida, rara.

—¿Y por qué no avisaste? —le preguntó el hermano.

—Es que estoy casada y no me dejan, no me da permiso mi marido, es muy celoso, a él no se le puede ver la cara. Vamos allá, aloja con nosotros y mañana te llevo al otro lado. Tengo niños, tres niños.

Entonces lo llevó a su casa: entraron al volcán iguali-

to que casa. La niña tenía una olla colgando en el fogón, donde cocinaba pescado. En todos lados tenía pescado. El joven vio tres perritos “¿esos serán mis sobrinos?”, pensó.

—¡Guau guau! —ladraron los perros.

—¡No! —los retó la niña— es su tío ¿para qué ladran si es su tío de allá abajo? —los perritos saltaron y le lamieron las manos al joven— ¡déjenlo tranquilo que está cansado!

La niña le puso a su hermano una mesita de barro y le sirvió una presa grande de pescado en un plato de madera. Los tres perritos estaban al lado de él.

—¡Coman por allá ustedes —les gritó la niña— dejen que su tío coma tranquilo!

Preparó otro plato y lo tapó con un pañito blanco. En una esquina de la casa había una cortina gris, levantó la cortina y colocó el plato.

—A tu cuñado no se le puede ver, ni hablar —le contó al hermano— así nomás le doy la comida.

Igual que perro comía el esposo de la niña, engulló los dos platos que le dieron, los vació, después ella le llenó otro y otro hasta que ya no quiso más.

—¡Vayáanse a acostar! —les ordenó a los cachorros— porque su papá se va a enojar si le meten boche.

El joven vio a su hermana esconderse tras la cortina y la escuchó conversar con su marido tal como conversan los seres humanos. Después ella salió y le dijo:

—La familia de mi marido va a pagar el casamiento, van a llevar animales. Dile a mi papá, a mi mamá que estoy siempre mirándolos, cuidándolos. Cualquiera de estos días vamos a ir, pero ustedes tienen que comer

todo lo que llevemos, porque serán animales, carne, todo bueno para comer. No lo vayan a botar porque si lo hacen mi marido se enojará. Ya amaneció, los niños te van a ir a dejar para que encuentres el camino, a caballo se van a ir. ¡No vayan jugando! —les recomendó a sus hijos— vayan tranquilitos porque su papá los va a estar mirando, lo dejan a su tío al otro ladito del río y se vuelven.

El joven no supo cómo encontró el camino, cómo pasó el río, se dio cuenta solamente que llevaba medio saco de piñones y un caballo. Llegó a su casa y le contó a sus padres lo que había dicho su hermana. Entonces, ellos se prepararon, compraron vino, mataron cordeiros. ¿Qué día irán a llegar? ¿qué gente será? se preguntaban; iban a mirar al río ¿acaso irán a atravesarlo? ¿cuántos serán? ¿vendrán en carreta o a caballo? Como a las once de la mañana fue otra vez el padre al río y vio en la orilla montones de pescados, grandes, lindos pescados que estaban por hileras, ordenaditos. Corrió gritando: ¡traigan carretas, canastos! ¡Miren cuántos pescados, el río los botó!

Esa misma noche el hombre soñó: “Esos son los animales que le pagó mi marido, cómanlos bien, guárdenlos, hagan charqui para el invierno”. El hermano de la niña también soñó: “Estuvo muy bien que hayas venido a verme, también te pagué y comiste, guarda tú también pescado, el año que viene te voy a dar otra vez”. Así lo hicieron y todos los años tuvieron abundancia de pescado, alimento que les daba el esposo de la niña, el volcán, y así pasó el cuento.

EL HOMBRE QUE PERDIO A SU HIJA

Mi abuelita también contaba que por el río Truful-Truful hay un volcán cerca de la ciudad Argentina. Antes ahí habían pueros mapuches y todos los que viajaban atravesaban por ese río Truful-Truful. Un hombre de ese lugar contó que se le perdió una niña con chamal, fue a lavar a ese río y el volcán estaba cerca. A la niña la mandaron a lavar unos paños, era como a la una del día y desapareció. Entonces, salieron en su búsqueda "¿se caería?", pensaba mal, siguieron su rastro, su huella subió al volcán y ahí se perdió. Encontraron el chamal, un paño, su blusa, su delantal; se quedó desnuda, se perdió en el volcán.

SIN VALOR COMERCIAL

Al tiempo, unos jóvenes buscaban animales de amanecida. De repente vieron en el río a la niña, montando un caballo blanco, vestida con el chamal, peinada sus trenzas. Después, todos la veían en el río cuando pasaban.

El papá de la niña tenía muchos animales, había ganado pero un día vino el mal, se le murieron todos sus animales. Hubo una epidemia y a toda la gente del lugar se le murieron los animales. El hombre se quedó sólo con una yunta de bueyes, sufría porque vivía de su ganado —no sembraban por ahí—, miraba sus campos

Mi abuelita también contaba que por el río Triful-Triful hay un volcán cerca de la raya con Argentina. Antes ahí habían puros mapuches y todos los que viajaban atravesaban por ese río Triful-triful. Un hombre de ese lugar contó que se le perdió una niñita con chamal, fue a lavar a ese río y el volcán estaba cerca. A la niñita la mandaron a lavar unos paños, era como a la una del día y desapareció. Entonces, salieron en su búsqueda “¿se caería?”, pensaban. Dieron con su chamal, siguieron su rastro, su huella subió al volcán y ahí se perdió. Encontraron el chamal, un paño, su blusa, su delantal; se quedó desnuda, se perdió en el volcán.

Al tiempo, unos jóvenes buscaban animales de amanecida. De repente vieron en el río a la niña, montando un caballo blanco, vestida con el chamal, peinadas sus trenzas. Después, todos la veían en el río cuando pasaban.

El papá de la niña tenía muchos animales, harto ganado; pero un año vino el mal, se le murieron todos sus animales. Hubo una epidemia y a toda la gente del lugar se le murieron los animales. El hombre se quedó sólo con una yunta de bueyes, sufría porque vivía de su ganado —no sembraban por ahí—, miraba sus campos

pelados y lloraba "¿Qué vamos a hacer al año que viene? ¿qué vamos a comer?".

Hasta que una noche soñó, su hija se apareció y le dijo: "Papá, yo estoy viva ¿por qué te veo llorando tanto? A mi mamá la miro recoger leñita, buscar agua y la veo llorando en el río ¿por qué están así si yo estoy viva y los estoy mirando? Se murieron tus vacas de enfermedad; pero te voy a traer una vaca parida, uno de estos días te la voy a venir a dejar, espera mañana o pasado". El hombre se quedó pensando "¿por qué soñé así?". Le contó a su mujer: "a lo mejor está viva, cómo dicen que cuando uno muere el espíritu está vivo".

A los dos meses el hombre fue a sacar sus bueyes tempranito en la mañana y vio en el corral una vaca parida, una vaca linda, blanca con negro y al lado su ternerita "¡Miren hay una vaca en el corral! ¿De dónde vendría este pobre animal?" Todos los de la casa se levantaron a mirar, él ni se acordó del sueño y les dijo:

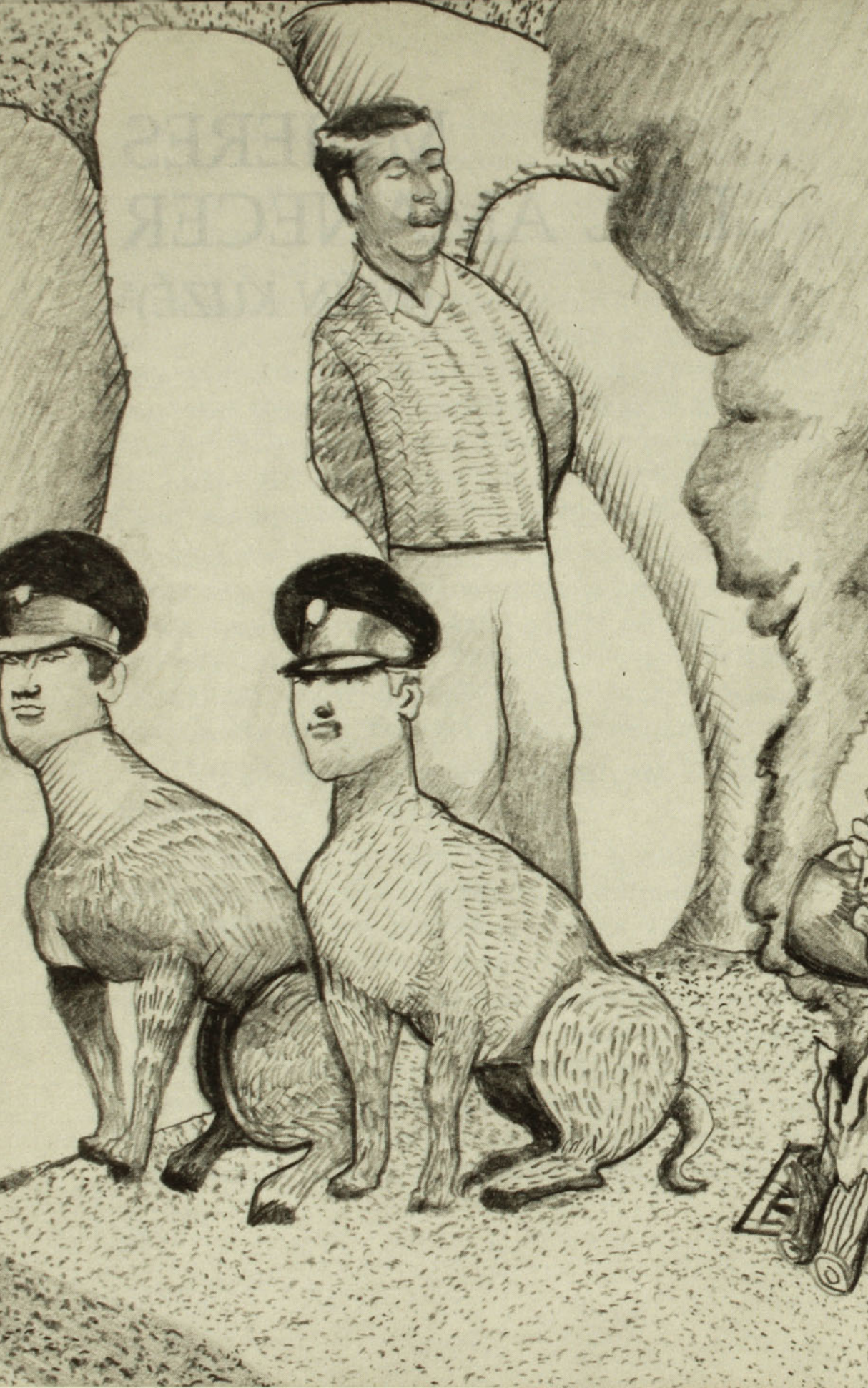
—Si alguien nos pregunta por la vaca la vamos a entregar, si no, que se quede aquí.

Ligerito creció la ternera, después le pusieron toro, parió rapidito y crió sus animales. El hombre soñó otra vez cuando ya tenía dos vacas paridas, su hija le preguntó: "¿Estás conforme porque te traje una vaca parida". Ahí él se acordó: "¡De veras que soñé con mi hija, que estaba viva!". La niña le habló en el sueño: "Chachai⁴ yo quiero una vaquita chica, la necesito, a nosotros aquí nos quitaron todo porque la semilla estaba mala, si lo haces, cuando cries después nunca te va a faltar alimento, vas a trabajar bien". El papá le pregun-

tó: "¿Cómo te la voy a dar?" y ella le dijo: "Cualquiera de estos días voy a venir a buscar la vaca".

El hombre se lo pasó mirando día tras día "¿cuándo irá a llegar mi hija? ¿estará bien casada?". Como a los cinco meses después soñó con una vaquilla muerta en un campo, pensó: "¿cómo murió? la voy a recoger no más". Recogió la vaquilla y se la comió con su familia y supo que era su hija la que la había venido a buscar. Así contaba mi abuelita que antes pasaban estas cosas.

MUJERES
DEL AMANECER
(WÜN KUZÉ)⁵





SAN VALOR COM

Una vez, un caballero de Hualpín vino a contar que a la orilla de un río había una isla tremenda de ancha, leguas y leguas donde la gente criaba puros animales, vacunos, ovejas. Dice que ahí salen unos hombrecitos, unos chiquititos que no crecen, del hualle, nacen así chiquititos; esa tierra donde están es puro arenal. Un día, era un mes de mayo, un vecino del caballero fue a buscar animales, pensó: "parece que va a llover esta noche, capaz que suba el agua, voy a ir a buscar los animales".

Entonces era tarde, cayó neblina, estaba oscurito muy oscuro y el hombre buscaba su camino y llegaba donde mismo, varias veces volvió al mismo lugar. Ya era la medianoche, no hallaba qué hacer el hombre, se dijo: "voy a tener que alojarme por aquí, sentado nomás". De repente encuentra una viejita chiquitita, blanquita la cabeza, con chamal andaba.

—¿Qué le pasó joven?

—¿Tú vives aquí? —le preguntó él.

—Sí, yo vivo aquí, yo te voy a dar alojamiento ¡¿cómo vas a estar ahí al frío?! ¡venga para acá!.

Dice que la mujer chiquitita abrió una puerta igual que tierra, y él entró por una escala a una tremenda casa

debajo. En la puerta había dos leones⁶, uno a cada lado, cuidando.

—¡Grr Grr! —gruñeron los leones.

—No, no hagan eso —les dijo la viejita— es una visita.

Ahí pasó el hombre, adentro había otra viejita que en una olla antigua estaba tostando en el fogón Patitas de Perdiz, las pasaba en el llepu⁷ y ¡dele tostando! La viejita que lo encontró tenía una piedra y ¡dele hacer harina! Toda la noche estuvieron así. A él lo sentaron a orillas del fuego. Dice que no parecía de noche, estaba clarito con el fogón alumbrando.

—¿Quieres harina? ¿Quieres comer un poco? —le preguntó la vieja. El pensó ¿qué harina será?, pero “¡ya!” —dijo— para no decirle que no.

Ahí le sirvió en un plato de greda, cuchara de palo le pasó, agua y harina. Se lo comió, era medio áspero y dejó un poco. De repente dice que alumbró, miró hacia arriba y estaba claro ya. Amaneció y todavía estaban las dos viejitas haciendo harina y tostando.

—Nosotras vivimos aquí —dijo una— nunca vayas a decir que vivimos aquí, ni que viniste a alojar, ni que yo te di alojamiento, a nadie le vas a decir. A tu hijo, hija les dirás, pero a otra gente no. Nunca traigas gente a buscarnos, porque si algún día haces eso, ese mismo día vas a morir. Está claro, así es que ahora te vas a ir.

Cuando salió el hombre igual había neblina pero estaba clarito, una de las viejitas le indicó: “siga este caminito”. Lo tomó y salió al camino ancho, llegó a las

diez de la mañana a su casa. Ese joven estuvo con Wün Kuzé, así se llama la gente chiquitita que vive en la tierra. Cuando uno mira en las mañanas eso como humo que sale de la tierra, son las mujeres del amanecer que todavía están haciendo fuego.

SIETE COLORES
Y LA RANITA

DEL VALOR COMERCIAL

MANUELITO, EL CABALLITO DE SIETE COLORES Y LA RANITA

Tres días le
—Mira viejo
porque estamos muy pobres aquí, no podemos comprar
nada ni vestimos

—Pero, cómo se van a ir? Su hermano mayor ya
sabe, ustedes no me pueden dejar solo. Lo que pasa es
que todos los días aparece en la charca el caballito de
siete colores y se come todo, por eso no tenemos ali-
mento. Pero, les hago un trato: el que pilla al caballito
recibirá un premio.

Así ocurrió, del agua salió el caballito— del río que
está cerca de la casa— a comer, a la medianoche
aparece por eso nunca lo veían. Uno de los hermanos le
dijo al padre:

—Yo voy a intentar pescar al caballito de siete co-
lores.

—Si lo haces te voy a dar un premio.

Fue el joven a almorzar en la charca. **SIN VALOR COMERCIAL.**
alcanzó a divisar al caballito de siete colores cuando
regresaba al río. Lo pasó lo mismo que a su hermano
mayor, no pudo pescarlo. Entonces, Manuelito que era
el menor, le dijo a su padre:

—Yo voy a intentar pescar al caballito de siete co-
lores. Pero necesito un premio. Me voy a poner esas
espaldas de chucayá por todos lados me voy a poner esas

Tres hijos le dijeron a su papá:

—Mira viejo, queremos salir a buscar trabajo, porque estamos muy pobres aquí, no podemos mantenernos, ni vestirnos.

—Pero ¿cómo se van a ir? Su hermano mayor ya salió, ustedes no me pueden dejar solo. Lo que pasa es que todos los días aparece en la chacra el caballito de siete colores y se come todo, por eso no tenemos alimento. Pero, les hago un trato: el que pilla al caballito recibirá un premio.

Así ocurría, del agua salía el caballito —del río que estaba cerca de la casa— a comer; a la medianoche aparecía por eso nunca lo veían. Uno de los hermanos le dijo al papá:

—Yo voy a intentar pescar al caballito de siete colores.

—Si lo haces te voy a dar muchos caballos, vacas.

Fue el joven a alojar en la chacra, se quedó dormido, alcanzó a divisar al caballito de siete colores cuando regresaba al río. Le pasó lo mismo que a su hermano mayor, no pudo pescarlo. Entonces, Manuelito que era el menor, le dijo a su padre:

—Yo sí que lo voy a agarrar; pero necesito ramas con espina de chacay⁸ por todos lados me voy a poner esas

ramas, en la cabeza, en los pies y también necesito una flauta.

Así, Manuelito fue a la chacra, se lo pasó toda la noche tocando la flauta, como a las 12 lo venció el sueño, se acostó. Cada vez que se daba vuelta las espigas lo picaban y se despertaba. Se quedaba dormido, estiraba los pies y los pies le picaban. Al final no pudo dormir. De pronto pasó un viento, Manuelito se sentó y vio entrar al caballito a la chacra, tomó el cordel y lo laseó. Después le dijo:

—¡Mire diablo cómo nos deja la chacra! así nos vamos a empobrecer. ¡Usted nos come todo el alimento! ¿por qué lo hace?

—Es que esta chacra me gusta, allá donde vivo no hay un pasto como este —respondió el caballo.

—Pero ¿cómo puede hablar usted?

—Es que soy el caballito de siete colores.

—Yo no lo conozco, no sé quién es usted.

—¿Sabe Manuelito? —le dijo el caballo— vamos a hacer un trato. Ya va a salir el sol y vendrá su papá con un hacha y me matará, yo no quiero morir...

—¡A mí no me importa, usted nos ha terminado toda nuestra chacra!

—Mire Manuelito, si usted sale de aquí, y se va a trabajar yo lo voy a ayudar en todo.

—Pero ¿en qué me puede ayudar usted?

—Usted le dice a su papá que va a ir a otros lados, que le pase un caballo, yo voy a estar en el corral, voy a ser el caballo más flaco y más feo, ahora suélteme porque se acerca su papá, está saliendo el sol.

Manuelito se convenció y soltó al caballo. Apareció el hombre.

—¿Encontraste algo? ¿cómo te fue?

—¡Buh! estaba aquí pero justo se fue al río, pero es mejor dejarlo, yo creo que no va a comer más de la chacra.

Al tiempo después Manuelito habló con su papá:

—Quiero salir en busca de trabajo, lejos tendré que ir y quiero que me des un caballito de los que tienes en el corral, esta misma tarde me voy a ir.

—Bueno, escoge hombre, escoge el caballo con que quieres partir.

Manuelito escogió el caballo más flaco.

—¡Cómo, no avanzarás ni un kilómetro con ese animal! —exclamó el papá.

Se fue, tomó un saco y su manta vieja, los colocó como montura para su caballo. Partió, caminó kilómetros y kilómetros, leguas y anduvo; atravesó montes, cerros, agua, ríos. De repente habló el caballo:

—Manuelito, gracias, por ti tengo vida y ahora seré un caballo muy lindo, te voy a ayudar.

Entonces, se transformó en un caballo muy bonito, precioso y Manuelito iba feliz al andar con ese hermoso animal. Un día encontró una pequeña casa de barro, “voy a pedir agua aquí”, pensó. Alrededor de la casa había ropa tendida, de todos colores la ropa “¡Aló, aló!”, gritó, pero nadie respondía. Escuchó cantar “Qué linda la canción ¿habrán cantantes aquí?”, se dijo. Al rato, golpeó, llamó y apareció una niña vestida de celeste y verde, era como una princesa.

—¿Qué desea joven?

—Necesito agua señorita ¿me podría convidar?

—¡Claro! Mucha agua tenemos aquí, nos sobra el agua.

En ese lugar habían sólo mujeres, todas de celeste y verde. La que salió a recibir a Manuelito era la que mandaba, la reina, la princesa.

—¿Por qué no se queda joven? —le preguntó— Nosotras no tenemos hombre aquí, quédese con nosotras y le damos trabajo altiro.

—¡Bueno, me quedo! Pero ¿en qué puedo trabajar?

—Yo necesito una carreta elegante, como carroza con dos caballos —le dijo la reina.

—¡Sí! eso lo podemos hacer —replicó el caballito— eso no es problema.

En un momento la carreta se transformó en una gran carroza, de lujo, muy bonita.

—¡Ah que bueno! en esta carroza voy a salir de ahora en adelante —exclamó feliz la niña verde-celeste.

Al poco tiempo Manuelito y la princesa se casaron, celebraron su matrimonio, hasta fue el cura —sota cura pan con levadura—, hicieron una gran fiesta. A los meses Manuelito recibió una carta.

—¿Por qué estás triste Manuelito? Hace dos días que te veo muy triste —le dijo la niña.

—Es que recibí una carta de mis padres, no sé cómo ir, es el cumpleaños de mi papá, y me dice en la carta: "...tienes que traerme el mejor regalo porque tú eres el hijo más bueno que tenemos". Van a ir todos mis hermanos y yo no sé cómo lo haré ¿cómo te voy a llevar? ¡tú eres ranita!

—Vamos a ir nomás ¿qué regalo quieres llevarle a tu papá?

—Me gustaría regalarle un paño para el cuello, a él le gusta mucho, siempre los usa; pero quisiera comprarle uno que no exista en mi tierra, uno distinto.

—Lo vamos a conseguir —dijo la joven—, toma este paño blanco —se lo tendió a Manuelito—, déjalo en el estero, cuélgalo cerquita de la laguna, lo dejas ahí y sin mirar para atrás te devuelves. Mañana en la mañana, antes que salga el sol lo vas a buscar, ese será el regalo para tu padre. Así es que los dos vamos a ir a la fiesta.

Manuelito hizo lo que la niña le explicó, en la noche no pudo dormir pensando: “¿qué pasará? ¿cómo voy a llevarle ese paño tan feo a mi papá? ¿cómo me voy a presentar con la ranita? ¡qué vergüenza!”. Habló entonces con su caballito.

—Dime ¿qué voy a hacer?

—No te preocupes —le contestó el caballo—, yo voy a tirar el coche y tu esposa ranita se transformará en una princesa, irán en un carruaje que nunca antes se ha visto.

Por la mañana fue a buscar el paño, ahí estaba colgado donde lo dejó, pero era distinto, un pañuelo grande, bonito, dibujado: una luna preciosa y un sol brillante tenía estampado. Era el mejor paño que podía existir en la tierra. Fue donde la ranita, ella le dijo:

—Anda a buscar la carreta vieja.

Llegó Manuelito con la carreta, añosa, sucia de barro. La ranita puso un caballo todo ñoncho⁹.

—Ya ¡súbete nomás! y maneja —le ordenó.

Manuelito preocupado obedeció y guió la carreta,

antes de llegar a la tierra de su padre se volvió un carruaje de oro, de plata.

—Miren, allá viene Manuelito, el único hijo que faltaba —dijo el padre mirando como se acercaba el carruaje.

Llegaron. Le entregaron al papá y a la familia muchos regalos, cosas desconocidas, porque todas eran hechas por el poder del caballo y de la ranita. Los hermanos de Manuelito se pusieron envidiosos, salieron de la ruka¹⁰.

—¡Pucha a éste hay que darlo vuelta! —dijo uno.

—Sí ¡no puede ser que sea más rico que nosotros! —replicó otro.

—Este nos deja en vergüenza delante de nuestro padre —dijo el mayor.

El papá de Manuelito estaba muy contento con su nuera y con su nietecita —porque ellos ya tenían una hija—, comieron y bebieron, estuvieron todos alegres. Al atardecer, dijo Manuelito:

—Ya es hora de irnos, se hace tarde.

Se despidieron, el papá agradeció los regalos. Los hermanos partieron rápidamente por un camino hacia el monte, se escondieron y esperaron a que pasara Manuelito por ahí. Cuando se acercó, uno le dijo:

—Hermano, queremos hablar contigo.

—Bueno, —contestó— lleva tú por mientras el coche —le dijo a su esposa— más allá te alcanzo.

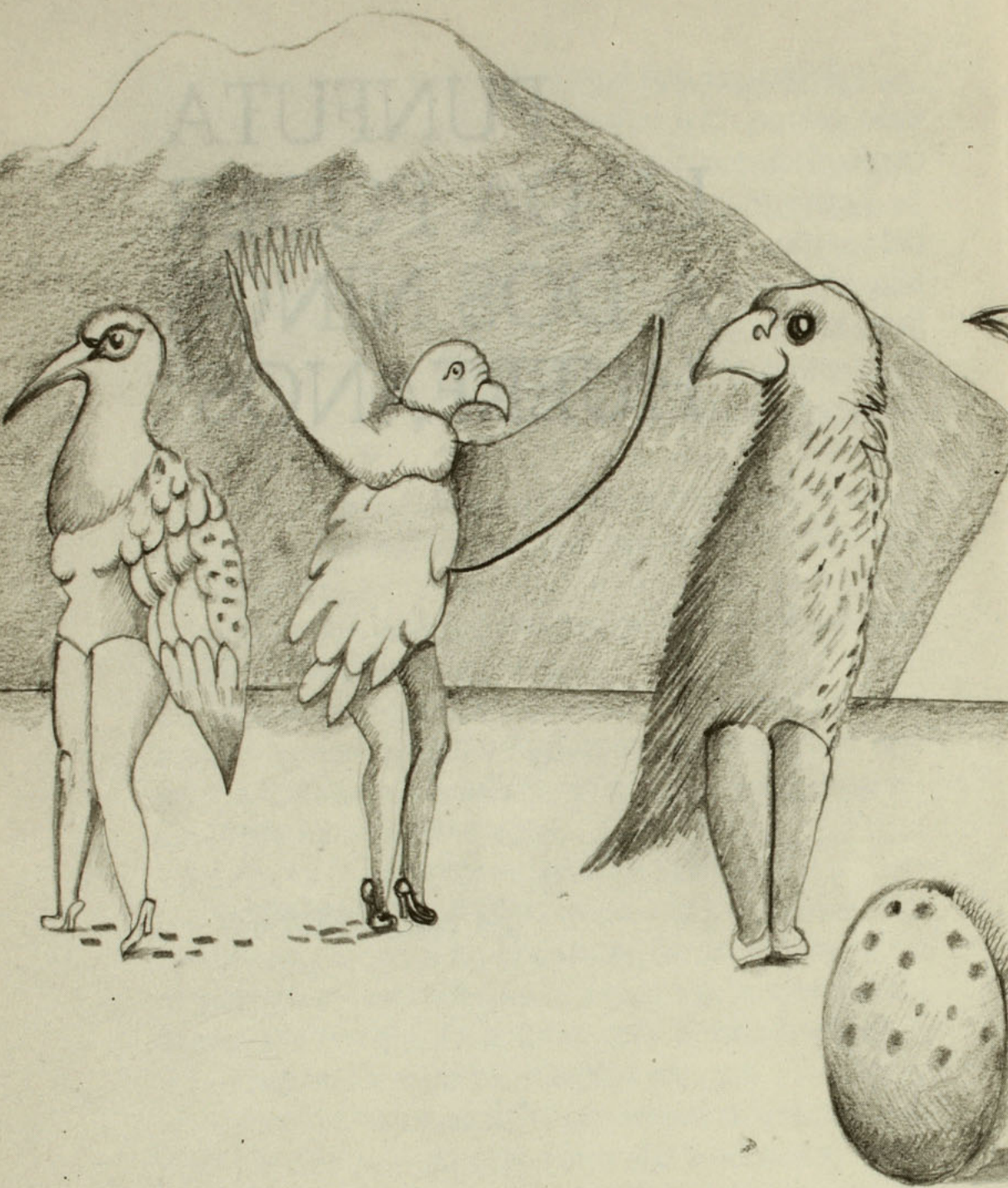
Apenas se alejó el carruaje, los hermanos le cortaron la cabeza a Manuelito. La ranita y el caballo se comenzaron a preocupar porque Manuelito no llegaba, tardaba mucho.

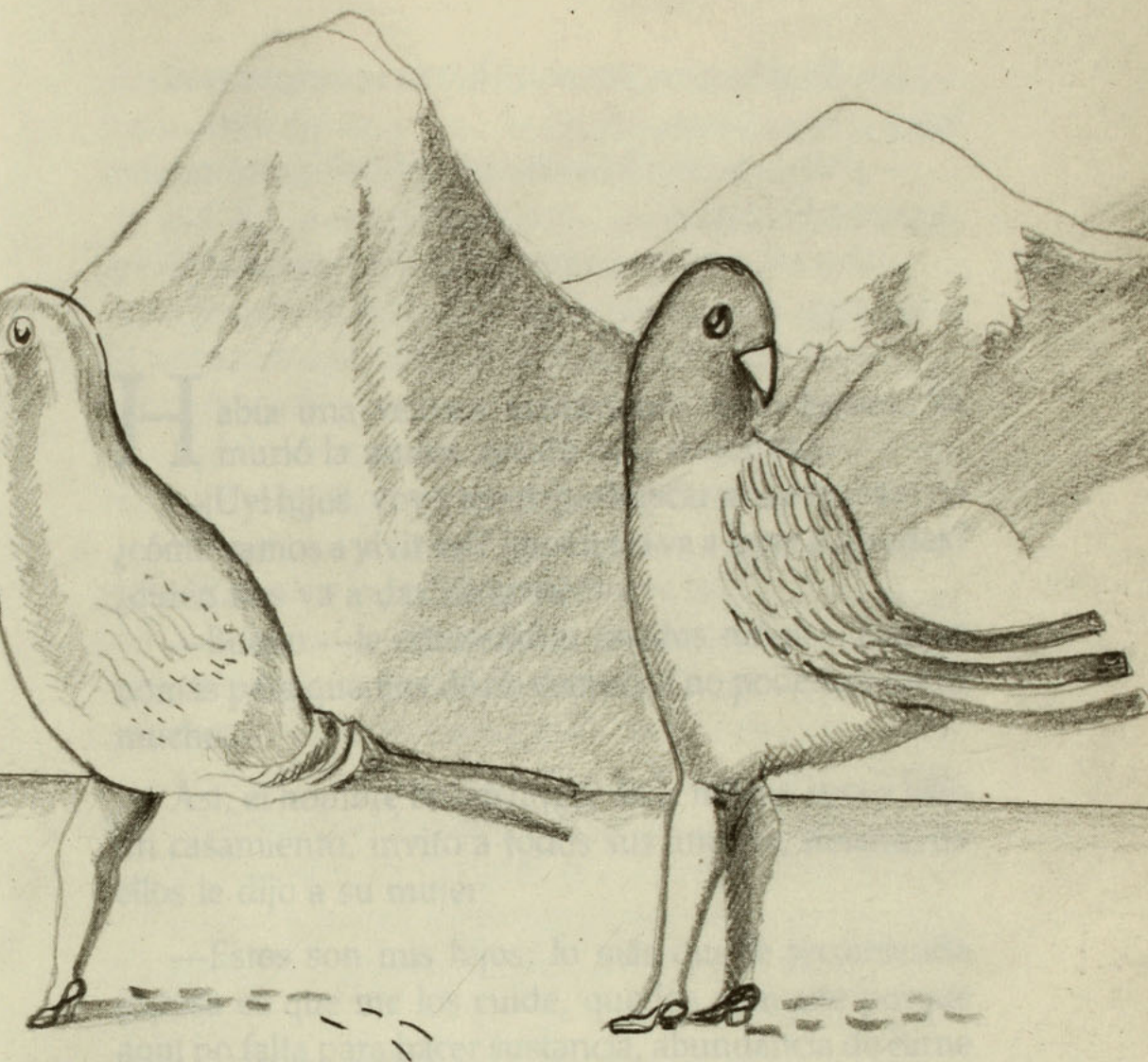
—Voy a ver qué le pasó —dijo el caballo y partió a todo galope, casi volando por los caminos. Corrió y corrió el siete colores.

Encontró muerto a Manuelito, con su cabeza al lado del cuerpo. Al ratito lo resucitó, le colocó la cabeza y lo hizo vivir otra vez. Montó Manuelito a su siete colores y llegó a su casa. Las ranitas lo esperaban. Así, él vivió por muchísimo tiempo. Tuvo muchos hijos; ahora todavía sigue vivo y tendrá muchos más.

SIN VALOR COMERCIAL

PUNFUTA
LE DA PODER
A DOS NIÑOS
HUERFANOS¹¹





ARESTIZA

Había una vez un matrimonio, eran leones. Se murió la mujer, quedó sólo el hombre.

—¡Uy! hijos, voy a tener que buscar una esposa si no ¿cómo vamos a vivir así? ¿quién los va a lavar a ustedes? ¿quién nos va a dar de comer?

—Bueno —le contestaron los dos niños— busque nomás para que nos dé de comer, si no podemos sufrir mucho.

Así, el hombre buscó mujer de la misma raza e hizo un casamiento, invitó a todos sus amigos, delante de ellos le dijo a su mujer:

—Estos son mis hijos, lo más que le recomiendo esposa es que me los cuide, que los alimente porque aquí no falta para hacer sustancia, abundancia de carne hay.

Después ya tuvo leoncitos con su señora, dos hijos más, ya no quiso la mujer a los de su marido. El salía a su trabajo y ella no les daba de comer, a veces solamente sustancia les preparaba. La mujer pensaba: “¿cómo será esto? a los hijos de mi marido les doy caldito de carne y están más gordos que los míos que les hago pura carne”. Los huérfanos estaban así porque la sustancia los alimentaba.

Un día el hombre encontró llorando de hambre a sus hijos.

—¿Por qué están llorando mis chicos? Huérfanos los pobres y llorando.

—¡No sé! —se apresuró a contestar la leona— yo los tengo bien alimentados, harto les doy de comer.

Cuando ella veía llegar al marido, les refregaba la carne en los labios a los dos niños para engañar al padre con el olor.

Los niños crecieron, estuvieron más grandes y se hablaron:

—Mira, mejor vamos a salir de aquí porque lo estamos pasando muy mal —dijo uno.

—Sí, y el papá no nos va a creer que nos pegan, que no nos dan de comer —respondió el otro—, salgamos mejor a recorrer.

Una tarde llegó el hombre y preguntó por sus niños.

—Están jugando —le informó su esposa— están laceando por ahí, salió entonces a llamar a sus hijos.

—¡Pillazquén! ¡Pillazquén! —gritaba, les llamaba así porque eran animalitos¹².

—¡Estamos laceando un caballo! —contestaban ellos.

Al rato volvía a gritarles.

—¡Pillazquén, Pillazquén!

—¡Estamos jugando con el caballo! —decían los niños.

Al tiempo los llamó de nuevo, pero no le respondieron.

—¡Uh! —se lamentó el hombre— se fueron mis hijos.

Los dos partieron llorando, llegaron a un río caudaloso, difícil de atravesar. Se decidieron a llamar al Sunpall.

—¡Pillazquén! ¡Pillazquén! —le decían, igual como los llamaba su papá.

Apareció el Sunpall, se paró frente a ellos.

—Pásanos al otro lado —le pidió uno.

El Sunpall fue a buscar su bote.

—¿Adónde quieren atravesar?

—Por aquí.

—Bueno, pero lo único que les voy a pedir —les dijo el Sunpall— es que no miren el agua, vayan aquí derechitos, sentaditos sin mirar. Si miran adentro, los va a tragar el Punfutá, es el hombre de la noche, no lo vayan a mirar.

Se subieron al bote con el Sunpall, cuando iban en la mitad del río un leoncito no aguantó más, miró el agua y cayó.

—¿No ves? tú nomás atravesaste ¿no les dije yo? —habló enojado el Sunpall y el otro niño comenzó a llorar muy triste— ¡Ya! bájate, aquí en la orilla te dejo.

Sollozando se quedó el niño, llamando a su hermano “¡Pillazquén! ¡Pillazquén!”. De pronto, apareció un hombre a caballo, iba muy bien vestido y montando un enorme caballo negro.

—¡Aquí estoy hermano! —se había transformado en un hombre grande.

—¿Cómo lo hiciste para estar así?

—Es que cuando me caí al río le conté al Punfutá todo lo que pasamos, todo nuestro sufrimiento y que

estábamos aquí por causa de mi papá, entonces él me dio este caballo, la ropa, todo.

—¿Y ahora cómo me voy a quedar yo así? Me da vergüenza quedarme tan distinto a ti.

—Vas a tener que tirarte al río nomás.

Se lanzó el otro niño, se iba hundiendo y gritando ¡Pillazquén! ¡Pillazquén!, bajó hasta lo más profundo y luego salió, quedó igual que su hermano, vestido, con caballo negro.

—Ahora vamos a salir a buscar mujer —dijeron.

Camaron leguas y leguas, lejos anduvieron. Llegaron a una casa perdida entre los montes. En la casa había un viejo, futamaye también era, tenía dos hijas jovencitas. Apenas las vieron los hermanos se las pidieron al león viejo.

—Hijas se van a casar ustedes —les dijo el futamaye—, yo estoy viejo y no puedo trabajar, no puedo hacer nada, cásense, después si yo muero, me entierran. Lo único, es que les voy a dar una orden a estos hombres —siguió el viejo— y es que tienen que trabajar. Yo tengo muchas montañas, ahí van a trabajar, van a cortar los aligüen¹³, los hualles, los palos tremendos. Van a trabajar en los árboles y van a vender leña, carbón y también tienen que buscar carne, porque nosotros aquí sin carne no podemos vivir, animales, vacas, de todo tipo de animales tienen que traer.

—¡Eso vamos a hacer! —contestaron los hermanos.

Así los jóvenes tuvieron mujer, soltaron sus caballos, dijeron: “aquí vamos a vivir bien, no vamos a pasar hambre”.

—Mis hijas van a buscar carne mientras ustedes se van a trabajar —les ordenó el viejo.

El zorro también llegó donde el futamaye, se fue a emplear de mozo en la casa.

—Está bien, tú eres un buen mozo, vas a ayudar en los mandados. Ahora vas a ir con estos dos jóvenes a cortar el aligüen, lo pican todo para después venderlo, necesitamos azúcar, mate.

Salieron los hermanos a los montes a cortar los aligüen, unos guayes tremendos de anchos.

—¿Cómo lo vamos a hacer si tenemos el hacha mala? —dijo uno.

—Llamemos al Pillán Toqui¹⁴, ése nos puede ayudar —dijo el otro.

—¡Pillán Toqui! Hacha de Acero! Ven a ayudarnos, necesitamos dos hachas de acero. ¡Baja Pillán Toqui!

El zorro los miraba y se preguntaba ¿por qué dirán eso?, alzaba sus ojos al cielo tal como lo hacían los jóvenes.

—¡Hazte un lado zorro! —le pidieron— porque va a llegar el Pillán Toqui.

Al rato, bajaron dos hachas de acero, cruzadas, tintineando fuerte. Los jóvenes las tomaron y se pusieron a cortar, les faltaba poco para derribar un árbol, y le advirtieron al zorro.

—¿Dónde estás zorro? Colócate en otro lado porque vamos a llamar a Willinëm al viento mágico, ponte por acá porque va a caer el árbol.

Cantaron entonces los dos: "Willenëm ven a ayudarnos, ven a derribar este árbol" El zorro pensaba: "¿quién irá a llegar?" y salió a mirar justo donde el árbol

venía cayendo, el viento botó el árbol y el zorro quedó herido, se le quebró la costilla.

—¡Zorro! ¡ven para acá! —gritó uno de los jóvenes— ¿dónde estás? ¿adónde se iría? —le preguntó a su hermano.

—¡Mira dónde está tirado!

—¡Ay! ¡ay! —se quejaba el zorro— el viento me tiró al suelo.

Los jóvenes se reían del zorro, lo sacaron con un lazo y como tenían virtud lo curaron. Se mejoró y estaba muy contento, “amigos” —les decía a los jóvenes. A cada rato miraba la hora.

—¡Ya vámonos! es tarde y tengo hambre —se quejaba el zorro.

—¡Espérate hombre! todavía no es hora.

—No ¡vámonos! tengo ganas de comer carne —porque de carne nomás vive ése.

Después volvieron a la casa, se hartaron comiendo y partieron al trabajo a picar el árbol que habían derribado, el zorro dijo:

—Yo también quiero un hacha para ayudar, —llamaron al Pillán Toqui y el zorro tuvo su hacha, los ayudó en el trabajo.

—Tengo tanta sed —le dijo al zorro uno de los hermanos— anda a la casa a buscar agua.

Llegó el zorro a la casa y encontró muertas a las dos mujeres, las dos leonas estaban muertas. Partió volando al monte.

—¡Ay! lo que pasó en la casa —gritaba quejumbroso.

—Pero ¿qué pasó? —preguntaron los jóvenes asustados.

—¡Es que están muertas sus mujeres!

Corrieron, ahí las encontraron. Las habían asesinado porque estaban casadas con hombres del Punfutá, estaban enojados por ese matrimonio. Lloraron los jóvenes a sus esposas, el zorro también estaba triste. Las sepultaron, buscaron voqui¹⁵ para amarrarlas —antes así se enterraban los antiguos, amarrados—.

—¿Quiénes mataron a nuestras mujeres? ¿Quiénes fueron? Cuatro años va a estar de noche para que todos mueran de hambre, todos van a pagar porque mataron a nuestras esposas, como no sabemos quién fue a nadie le podemos echar la culpa —dijeron los hombres—. Tú zorro —le ordenaron— anda a buscar la mula, la vas a cargar con dos ollas grandes, una a cada lado vas a poner como cutama¹⁶, tú vas a llevar la mula. Vamos a salir a andar porque se va a oscurecer cuatro años.

—Vamos a salir a andar —dijo uno de los jóvenes— y a buscar mujeres otra vez, para que alguien nos dé una hija o una hermana.

—¡Listo nomás! —dijo el zorro y ensilló la mula.

Cada olla de las que cargaba la mula tenía dos años, ya que cuatro años iba a estar oscuro; todo lo que vivía iba a morir, los pájaros, los animales. Partieron entonces los jóvenes en sus caballos, por los caminos gritaban: “Cuatro años va a estar oscuro porque mataron a nuestras esposas”. Por mucho tiempo caminaron así. Un día escuchó un tiuque y dijo:

—¡Escuchen! cuatro años habrá de oscuridad, nosotros tenemos hermanas ¿por qué no podemos darles?

¡Atájenlos en esa pampa! Les vamos a ofrecer hermanas.

—¡Está bien! —contestaron todos los pájaros.

Llevaron sus hermanas el tiuque, la perdiz, el zorzal, la golondrina, el jote, la bandurria, el tordo, la loica, la tenca, todos los pájaros estuvieron presentes. Habló el jote:

—Tenemos hermanas, hijas, queremos ofrecerles, cuál les gusta para que no se muera la gente por los cuatro años de oscuridad, ¡desmonten!

El tiuque dijo:

—Tengo una hermana con un traje café, es una joven muy valiente, trabajadora.

Salió el tiuque mujer diciendo “tiu tiu tiu”, buscándose piojos.

—¡No! —dijeron los jóvenes— no nos gusta porque tiene muchos piojos, es piojenta ésa.

—¡Yo tengo otra! —les habló el jote— tiene traje negro, brillante, los mejores trajes tiene mi hija.

Pasó la hija del jote con la cabeza toda machacada.

—¡Uy! No, tampoco queremos ésa, está muy pelada y se anda lavando la herida.

La perdiz dijo:

—Yo tengo una con minifalda, melena corta tiene mi hija.

Atravesó la hija de la perdiz, cantando “pi pi pi”.

—No, esa usa vestido muy corto, nos daría vergüenza andar con ella.

—Yo tengo una hija con traje rojo —contó la Loica— que pase mi hija.

Voló la loica diciendo “ti ti ti”.

—Tampoco nos gusta, es muy habladora, no queremos porque después vamos a estar peleando por culpa de ella.

Los pájaros de todas clases mostraron sus vestiduras y se las ofrecieron; pero como ellos no eran pájaros, eran leones, no les gustaba ninguna. Al final apareció la golondrina.

—Yo tengo una hija que nadie por aquí tiene.

—A lo mejor con ésa podemos casarnos, ¡que venga!

Se posó en el hombro de uno de los jóvenes, después en el del otro, la golondrina voló, revoloteó alrededor de ellos.

—No, ésta es muy andarina, se puede ir a otro país. Ninguna de estas mujeres nos agrada, mejor nos vamos ¡Cuatro años va a estar oscuro! ¡Cuatro años va a estar oscuro!

Partieron así gritando, llorando, llamando, el zorro iba atracito.

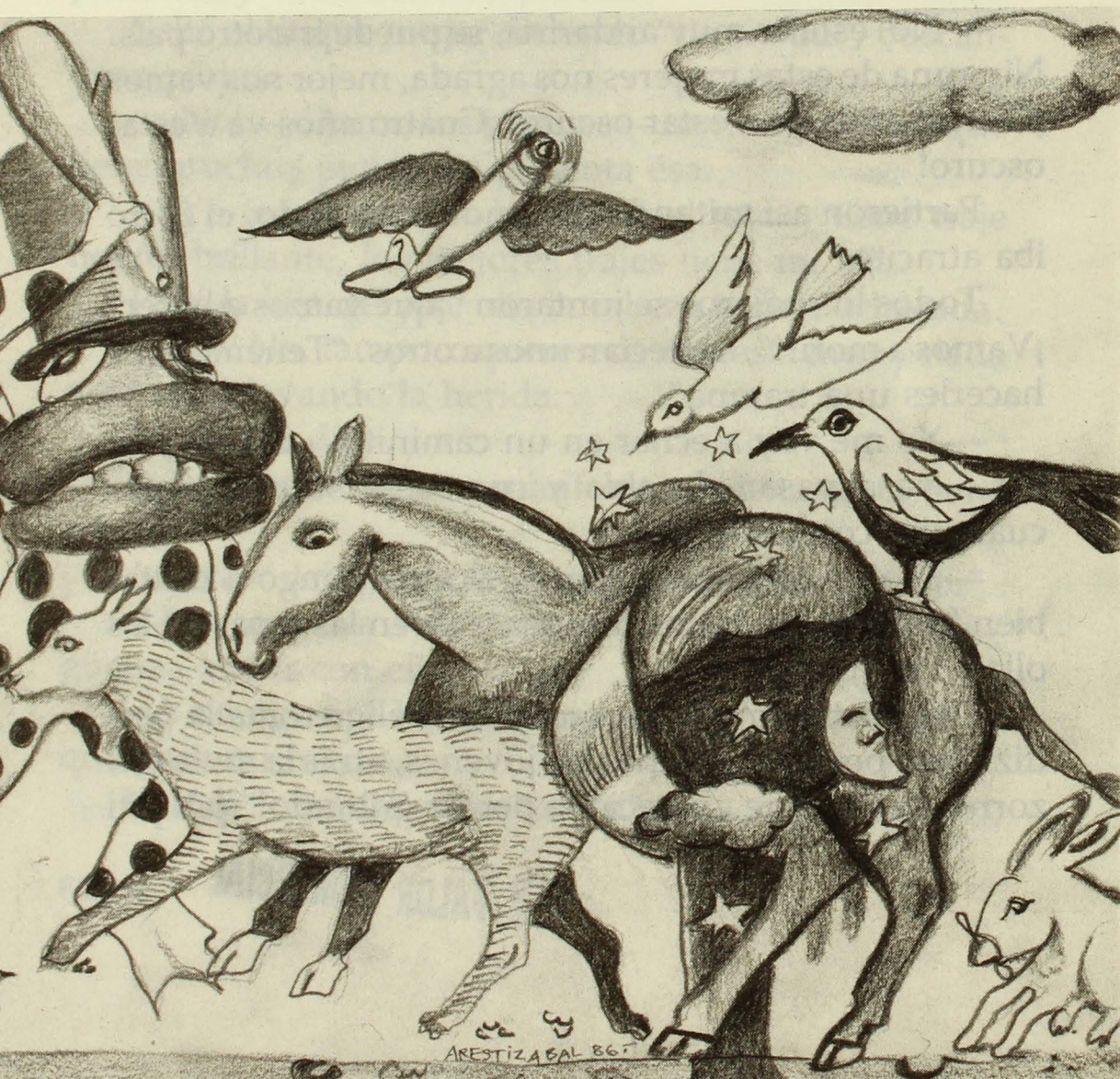
Todos los pájaros se juntaron “¡qué vamos a hacer? ¡Vamos a morir!”, se decían unos a otros. “Tenemos que hacerles una trampa”.

—Yo me voy a echar en un caminito —dijo la perdiz— va a pasar el zorro y como ése se asusta por cualquier cosa, a lo mejor...

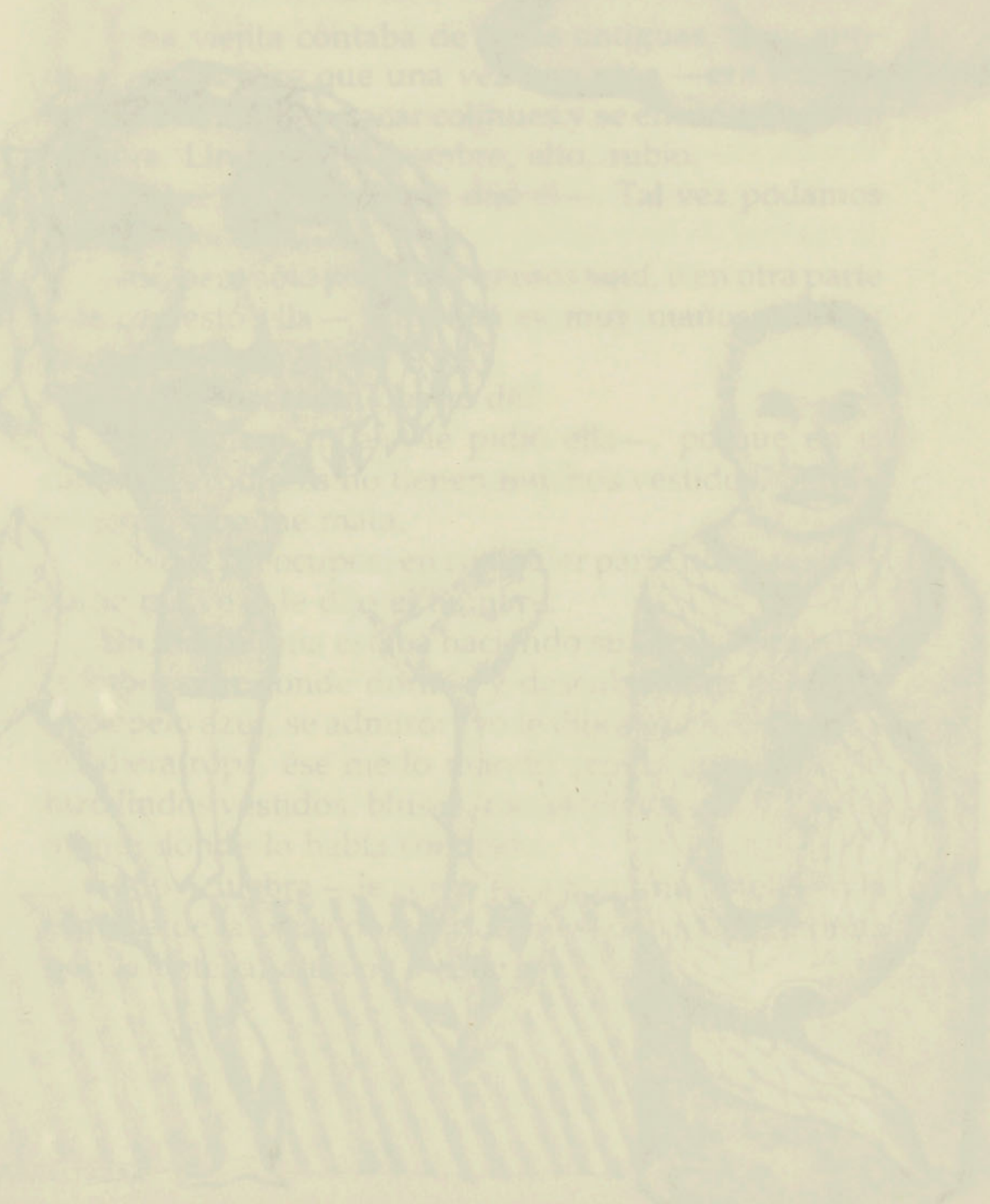
—¡No! —dijo otro pájaro— yo me pongo a cantar bien fuerte y van todos ustedes y abren las tapas de las ollas, las quiebran.

Discutieron mucho, pero al final eligieron a la perdiz. Iban por un senderito los jóvenes, atrás la mula y el zorro, de repente apareció la perdiz gritando “¡piti piti

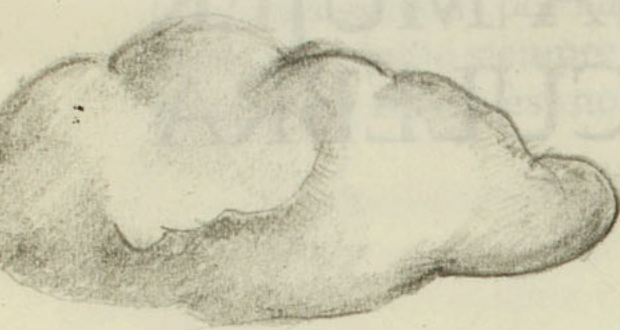
piti!", la mula se paró y del susto cayó al suelo, el zorro saltó encima de ella haciendo pedazos las dos ollas donde estaban los cuatro años de oscuridad. Los dos jóvenes siguieron por su camino y dejaron botado al zorro. Así, brilló siempre el sol, siguieron viviendo los pájaros, los animales, no llegó la noche larga.



EL CASAMIENTO DE UNA MUJER Y UNA CULEBRA



EL CASAMIENTO
DE UNA MUJER
Y UNA C...



ARESTIZABA

Una viejita contaba de cosas antiguas, muy antiguas. Dice que una vez una niña —era solterona— fue al monte a sacar colihues y se encontró con un hombre. Lindo era el hombre, alto, rubio.

—¿Qué necesitas? —le dijo él—. Tal vez podamos casarnos los dos.

—Sí, pero sólo podemos vernos aquí, o en otra parte —le contestó ella—, mi papá es muy mañoso, mejor veámonos aquí.

—¿Qué necesitas que te dé?

—Yo quiero ropa —le pidió ella—, porque en el campo las mujeres no tienen muchos vestidos, pero si mi papá sabe me mata.

—No te preocupes, en cualquier parte puedo estar y nadie me ve —le dijo el hombre.

Un día, la niña estaba haciendo su cama, barriendo la habitación donde dormía y descubrió una pieza de terciopelo azul, se admiró: “yo le dije a ese hombre que me diera ropa, ése me lo mandó ¿cómo entraría?” Se hizo lindos vestidos, blusas, con el terciopelo. Volvió al monte donde lo había conocido.

—Soy culebra —le contó él— pon una botella en la esquina de la pieza donde duermes, debajo de tu cama pon la botella, ahí voy a estar yo.

—Apenas llegue a mi casa lo voy a hacer —contestó ella.

—Tienes que hacerlo, porque si no te va a ir mal conmigo; yo voy a acostarme contigo.

La niña colocó la botella en su pieza, era la medianoche y miró, dentro de la botella estaba la culebra. Se volvía hombre pasadas las doce de la noche, hombre para estar acostado. Un día el papá la pilló con ése y escuchó:

—Quiero estar en el jardín, en el sol, déjame la botella ahí para estar escondida.

El papá de la niña fue al jardín y encontró la botella, la rompió, la hizo tiritas, mató a la culebra. Al tiempo, la joven se tulló, se enrolló, se arrastraba como culebra. Así dice esa viejita que pasó.

YO SOY JUANITA LA NIÑA

Esta era una niña joven y muy trabajadora, hacía mantas, chañantucos¹⁷ que eran muy caros al venderlos; la niña era de una familia que tenía riqueza, muchos animales, ovejas. Era soltera que usaba chamal¹⁸, prendedor de plata. Entonces, se le acercó un hombre de edad, de cincuenta años, ella tenía veintidós. Bonita era la niña. El hombre le pidió que se casara con él, quería palolear.

La niña entonces le cantó al hombre: lo llamó buey porque era viejo. "No te casaste porque eres buey. ¿No ves que los bueyes no se casan? Antenoche soñé que tú te ibas a acostar, soñé con un buey: llegaron unos bueyes que estaban trabajando, los desenyugaron y de cansados no podían más, fueron a tomar agua, se tomaron toda el agua y después se echaron, mascando ¿no ves que los bueyes viven mascando? Era para verte a ti, por eso soñé eso. ¿Qué te has creído que vienes a hablarme a mí de casamiento? ¿Que me voy a casar o ¿que soy una mujer muy valiente? Yo con mis propias manos tomo buen dinero, hago mañan¹⁹, voy a la tienda, millones de pesos encuentro, la plata a mí me sobra, no te necesito. ¿Por qué vienes a acercarme? Porque tienes el caballo flaco, caballo como perro. Tu aventura es de puro palo, las aventuras de cuento, la tienda de

Esta era una niña joven y muy trabajadora, hacía mantas, chañantucos¹⁷ que eran muy caros al venderlos; la niña era de una familia que tenía riqueza, muchos animales, ovejas. Era soltera que usaba chamal¹⁸, prendedor de plata. Entonces, se le acercó un hombre de edad, de cincuenta años, ella tenía veintidós. Bonita era la niña. El hombre le pidió que se casara con él, quería pololear.

La niña entonces le cantó al hombre: lo llamó buey porque era viejo. "No te casaste porque eres buey. ¿No ves que los bueyes no se casan? Antenoche soñé que tú te ibas a acercar, soñé con un buey: llegaron unos bueyes que estaban trabajando, los desenyugaron y de cansados no podían más, fueron a tomar agua, se tomaron toda el agua y después se echaron, mascando ¿no ves que los bueyes viven mascando? Era para verte a ti, por eso soñé eso. ¿Qué te has creído que vienes a hablarme a mí de casamiento? ¿me miras mal? o ¿crees que soy una mujer muy valiosa? Yo con mis puras manos tomo buen dinero, hago makun¹⁹, voy a la tienda, millones de pesos encuentro, la plata a mí me sobra, no te necesito. ¿Por qué vienes a acercarte? Porque tienes el caballo flaco, caballo como perro. Tu montura es de puro palo, las espuelas de cardo, la rienda de

cardo que se pela y tu sombrero tiene muchos años y está roto. ¿Por qué te acercaste a mí? Eres un hombre inservible ¿qué te has creído? Yo soy Juanita la niña y nadie me habla así, nadie se me acerca, ni me tocan, ni me miran. Así es que ándate nomás con tu manta de nueve colores ¿no encontraste más colores que no le pusiste a tu manta?"

Todo eso le cantó la niña al hombre y de ahí él se retiró, "no me hable más que yo soy Juanita la niña, la que tengo más plata entre todas las mujeres". Se corrió el hombre.

EL CUERO DEL AGUA (TRILKEWECUFE)²⁰

A mi hermano mayor y a mí le pasó algo terrible. Tenía 16 años, pero él ya era un hombre que se habían criado mal. Un día iba a una hacienda donde le enseñaron a bañarse en un estero. Allí se bañaban los vaqueros, decía mi mamá, allí estaba lleno de un junquillo oscuro, sucio. Llegaron ellos y vieron un cuero blanco con amarillo, estiradito, dijeron: "Alguien mató animales y dejó el cuero tendido". Lo tomaron entre los dos para sacarlo, pero tenía una fuerza cada vez que lo tiraban como que se pescaba en algo y no podían sacarlo: el cuero los empezó a empujar a ellos, los fue tirando para adentro. Después, ellos vieron cómo el cuero se retiró y se movió en el agua. Se arrancaron, corrieron hacia la casa.

"Era como tomar un terremoto", le contaron a mi mamá. Ella lavó a mi hermano con agua y jabón. "Tuvimos miedo", dijo mi hermano cuando le pregunté: "¿Ese es el Trilkevecufe?". Cuando a los diez años le dio ese ataque a mi hermano y él estaba muy débil, le soló una bolsa de agua por todo el cuerpo, se llenó de bolsas de agua, no hubo remedio. Cuando mi hermano le dio el ataque su lengua salió fuera como un lazo. Era terrible, a veces le daba una vez más. Pasó el médico a verlo,

A mi hermano mayor le dio un ataque de epilepsia, tenía 16 años, pero mis papás dijeron que le hicieron mal. Un primo lo vino a buscar como a la una para ir a bañarse en un estero bien hondo que había cerca de la casa. "Ahí se bañaban los niños", decía mi mamá, allí estaba lleno de un junquillo oscuro, sucio. Llegaron ellos y vieron un cuero blanco con amarillo, estiradito, dijeron: "Alguien mató animales y dejó el cuero tendido". Lo tomaron entre los dos para sacarlo; pero ¡tenía una fuerza! cada vez que lo tiraban como que se pescaba en algo y no podían sacarlo: el cuero los empezó a empujar a ellos, los fue tirando para adentro. Después, ellos vieron cómo el cuero se estiró y se movió en el agua. Se arrancaron, corrieron hasta la casa.

"Era como tomar un terciopelo", le contaron a mi mamá. Ella lavó a mi hermano con orina, con jabón. "Tuvimos miedo", dijeron ellos. Mi abuelita habló: "Ese es el Trilkewecufe". Como a los dos años le dio ese ataque a mi hermano y el otro joven murió: le salió una bolsa de agua por todo el cuerpo, se llenó de bolsas de agua, no hubo remedio. Cuando a mi hermano le dio el ataque su lengua salió afuera como un lazo. Era terrible, a veces le daba muy seguido. Pasó el médico a verlo,

pero no hubo caso, él se murió, se volvió pura agua. Mi papá le pidió al médico que lo abriera y ahí vieron cómo las carnes se le hicieron agua. Se murió mi hermano, eso le pasó por tocar al Trilkewecufe.

LA JOVEN QUE ENGENDRO CUEROS

SIN VALOR COMERCIAL

LA JOVEN
QUE ENGENDRÓ
CUEEROS



Había un huinca que era poblador, no tenía hijos hombres sólo una hija. Su hija le daba agua a los animales, con un piño de animales andaba. Todos los días a las doce la niña se desmontaba de su caballo y se bañaba, se tendía un rato al sol y después volvía con sus animales a la casa.

De pronto la niña quedó embarazada sin tener hombre, sin conocer hombre. Su mamá le preguntó:

—¿Por qué estás así? ¿Con quién estuviste?

Su papá le pegaba, la huasquiaba, la apaleaba.

—¡Qué hombre es! ¡Dónde está para ir a matarlo!
—le gritaba.

—No, si nunca he tenido un hombre, de repente se me inchó aquí y se mueve.

La mamá sufría mucho al ver que su marido golpeaba tanto a la niña.

—Si te ve la autoridad te van a meter en la cárcel ¿para qué le haces eso a tu hija? —le decía ella.

Un día llevaron a la niña al doctor, el médico les dijo:
—Jamás ha estado con hombre su hija.

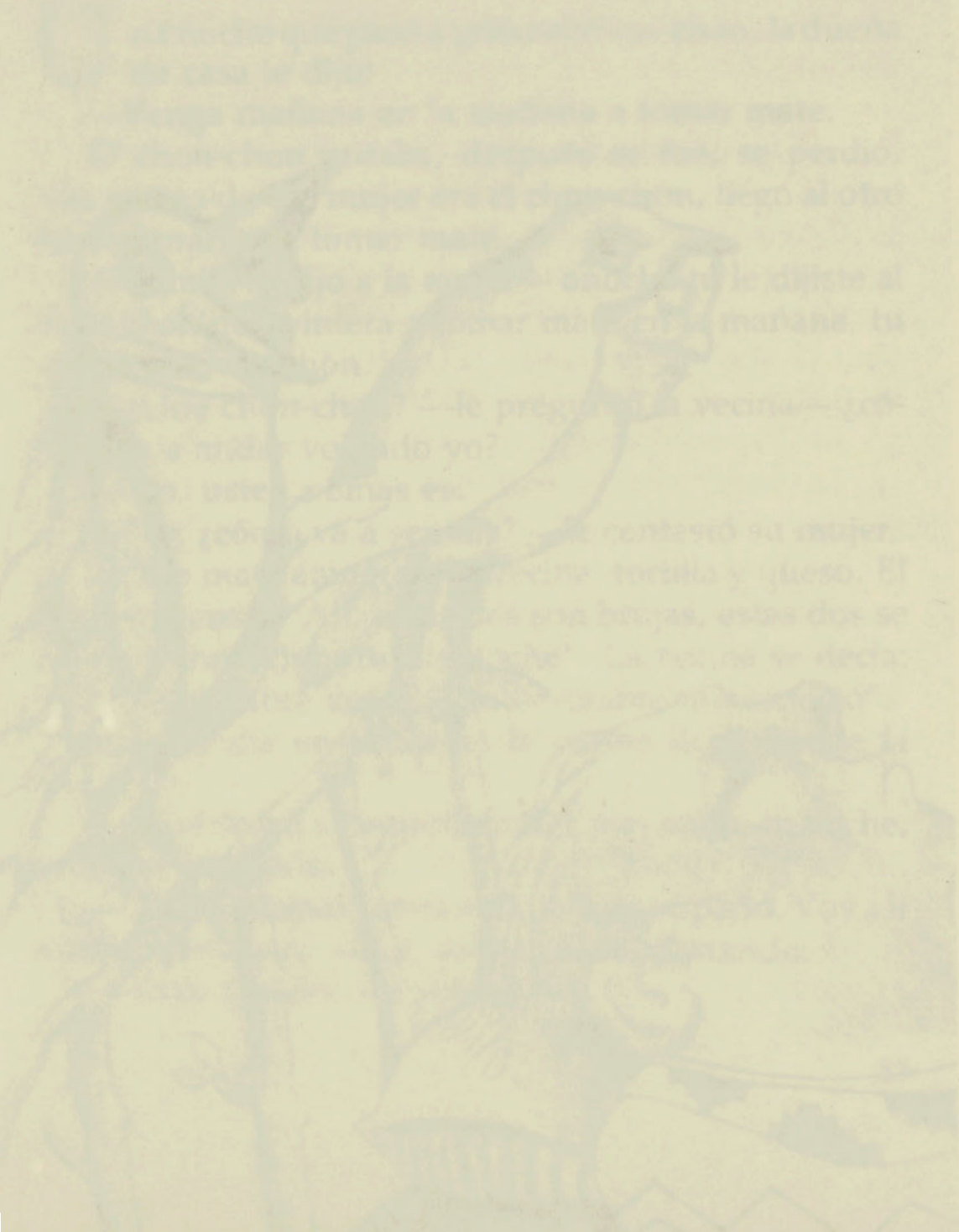
Ahí el padre se convenció, pero el doctor no supo qué era lo que tenía la niña. La llevaron entonces donde una médica por Laja para arriba, en Monteáguila vivía esa médica que era muy buena.

—Hay un animal en el agua —les dijo la médica a los padres— ese embarazó a su hija, ella se casó con ese animal porque siempre iba a verlo, andaba con su mensual y se bañaba, por eso la tomó el mal. Va a tener que ir a la orilla del río para tener su guagua; si la llevan al hospital se va a morir.

Así lo hicieron, buscaron a una vecina que era matrona y a algunos parientes, cuatro hombres y cuatro mujeres fueron a acompañar a la niña. Tuvo 11 cueritos envueltos, cueritos blanco con negro, chiquititos. Hicieron una fogata con petróleo y parafina, llevaron orqueta, cuchillón a ese estero sucio, malo. Fueron echando los cueritos al fuego y reventaban, blanco, negro y rojo salía el fuego.

Después el hombre vendió todas sus cosas y se fue con su hija a Santiago. Antes, fue donde la médica para hacerle una limpieza a la niña. Así pasó y por eso dicen que las niñas nunca deben entrar en un río oscuro, sucio, no hay que bañarse, hay que tener temor al río.

LAS MUJERES CHON-CHON²¹



sol a cédimo la o...
LAS MUJERES
... se casó con ese

CHON-CHON
... en un momento

la cavall a la vez...
... se ve a morir

... era una...
... y en un momento

... a la vez...
... se ve a morir

... era una...
... y en un momento

... a la vez...
... se ve a morir

... era una...
... y en un momento

... a la vez...
... se ve a morir

... era una...
... y en un momento

... a la vez...
... se ve a morir

... era una...
... y en un momento

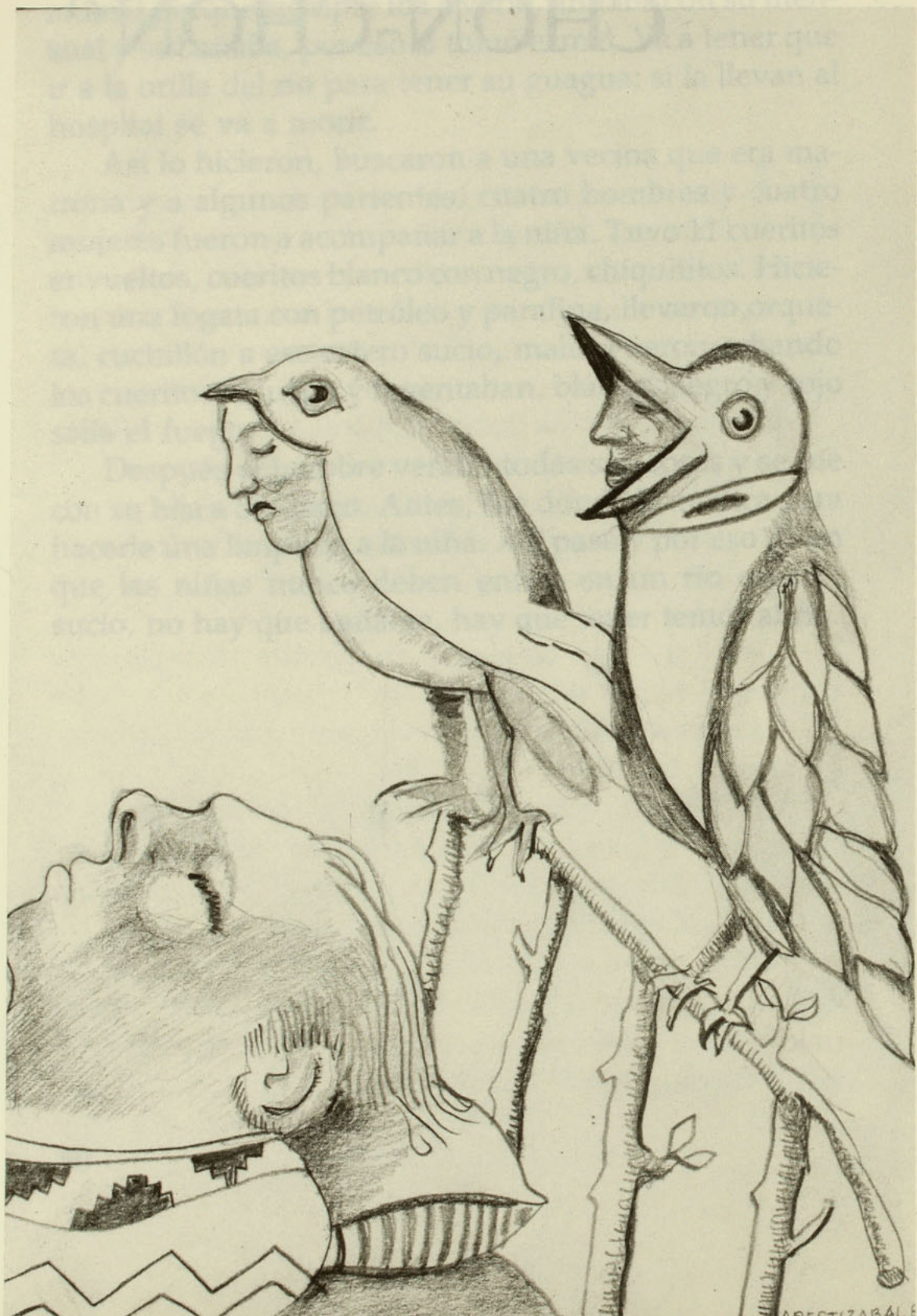
... a la vez...
... se ve a morir

... era una...
... y en un momento

... a la vez...
... se ve a morir

... era una...
... y en un momento

... a la vez...
... se ve a morir



Una noche que pasó a gritar el chon-chon, la dueña de casa le dijo:

—Venga mañana en la mañana a tomar mate.

El chon-chon gritaba, después se fue, se perdió. Una vecina de esa mujer era el chon-chon, llegó al otro día tempranito a tomar mate.

—Mira —le dijo a la mujer— anoche tú le dijiste al chon-chon que viniera a tomar mate en la mañana, tu vecina es chon-chon.

—¿Qué chon-chon? —le preguntó la vecina— ¿cómo voy a andar volando yo?

—No, usted nomás es.

—No, ¿cómo va a ser ella? —le contestó su mujer.

Le dio mate amargo a la vecina, tortilla y queso. El hombre pensó: "Ah, estas dos son brujas, estas dos se vuelven chon-chon por la noche". La vecina se decía: "¿Para qué habré venido? Este hombre me conoció".

Al otro día en la noche la vecina llegó donde la mujer:

—¿Podría ir a acompañarme? Estoy sola esta noche, necesito compañía.

—¡Claro vecina! Si está sola yo la acompaño. Voy a ir a alojar a su casa —dijo dirigiéndose al marido.

—Vaya nomás —le contestó él.

Cuando se quedó solo el hombre pensó: "Estas mujeres van a salir esta noche, a lo mejor son chonchon, voy a pillarlas".

Antes que se acostaran las dos mujeres apareció el marido.

—¿Todavía están de pie?

—Sí —pero ellas estaban listas para salir—, todavía no nos acostamos ¿por qué no alojas aquí mejor? Quédate nomás viejo —le dijo su mujer.

—Bueno, me quedo.

—Tú, acuéstate entremedio de las dos —le pidió la vecina.

Se acostaron los tres, la mujer, la vecina y el hombre en el medio. El se dijo: "No me voy a dormir para ver qué hacen". Se hacía el dormido. De repente se escuchó: chonchonchonchon. El marido pensó: "¡Ah! no eran éstas, es otra la que anda volando".

—Duerme tranquilo nomás —le susurró su esposa.

La mujer abrazó a su marido mientras la vecina le echaba unos polvitos para que se quedara dormido.

—¿Estás despierto? —le preguntaban.

—Sí.

Al rato, le preguntaban lo mismo, "sí" decía el hombre, después no habló más, se quedó dormido.

—Vamos a salir esta noche —dijeron ellas.

Pero el hombre no estaba durmiendo, no le hicieron efecto los polvitos, las mujeres le creyeron eso sí y salieron. El marido pensaba: "¿Qué voy a hacer? ¿a dónde las voy a seguir?". Tuvo miedo y las esperó. A las horas se escuchó otra vez chonchonchonchon y las dos entraron por unos huequitos de la casa. El hombre

trepó en el chini²², arriba del fogón. Las mujeres miraron la cama.

—¡Oh! este hombre se fue, nos pilló. Hagamos fuego para tomar mate.

Hicieron fuego, caldeó hartó hacia arriba, llamaban al hombre: chonchonchon; bailaban. El marido no aguantó más el calor y orinó hacia el fuego, de la ceniza salió una humareda fuerte, levantó ceniza.

—¡Huy! —exclamaron las mujeres— el diablo está aquí, el diablo vino.

El hombre saltó al fogón y comenzó a mear a las dos mujeres, ellas salieron arrancando, gritando: chonchonchon. Así, el marido supo que su mujer era bruja. Hasta ahora andará por ahí volando.

SIN VALOR COMERCIAL

LA
MACHI BRUJA²³



WHAITING

STIZABA 86-

Mi mamá contaba que por acá cerca había una machi que hacía el bien y el mal. La hija de esa machi se casó, vivía con su esposo en la casa, tuvieron una hijita. La abuela dormía siempre con su nieta. Una noche el matrimonio estaba acostado y escucharon en la otra pieza.

—¡Ay! ¡Mami! ¡Mami!

—¿Por qué estará llorando la niña? —dijo el hombre.

—Vaya a verla usted ¿no estará destapada? Mi mamá duerme y no la siente, mejor tráigala para acá —le pidió su esposa.

Se levantó el hombre, fue a la pieza de la suegra iluminado por una vela, allí vio que la niña estaba sola y que la abuela tenía nada más que el cuerpo, no la cabeza. Se fijó que en el cuello había un hueco, pero sin sangre.

—¡Mire Simona! —así se llamaba la hija de la machi— ¡Mire a su mamá! ¡Está sin cabeza!

El marido había escuchado rumores antes: “Tu suegra sale a volar, con enagua y todo sale”, le habían dicho. Simona lloró amargamente porque ella también sabía lo que hablaban de su madre.

Hicieron fuego, prendieron velas y lamparines. El hombre gritó a los de la reducción "¡Vengan, vengan! ¡Auxilio!". La gente pensó que eran bandidos —antes era muy común que los pillos asolaran— y salieron con palos y armas.

—¿Qué pasó hombre? —le preguntaron.

—Es que mi suegra está sin cabeza.

—¡Oh! —exclamaban— salió a volar.

Agrandaron el fuego con coligües, maderas, palitos. Se quedaron aguardando, preguntándose "¿A qué hora irá a llegar?". De pronto, cuando quedaba muy poca noche se oyó: "Chon chon chon chon" y se sintieron golpes en el techo. Como la ruka era de esas grandes con harta quila y con dos aberturas en los lados, el chon-chon se estrellaba y no podía entrar, la luz le impedía meterse, se golpeaba, chocaba. La gente opinó.

—Déjala entrar hombre, hay que apagar el fuego, los lamparines, es mejor que entre.

Entonces, dejaron todo oscurito, en silencio salieron fuera de la ruka. El chon-chon entró, se metió en su cama, se pegó la cabeza al cuerpo. Ahí la encontraron, todos la vieron idéntica como era. Ella les dijo:

—Así me dejó el Chao-Dios²⁴ para hacer de todo en la tierra; si quieren bien lo puedo hacer, si quieren que una familia, un hombre o una mujer mueran también lo hago.

Como a los quince días, la machi desapareció, se perdió. La buscaron por todos lados, pero no la encontraron. Al tiempo, de tanto preguntar, alguien los llevó a un lugar lleno de coliguales: allí estaba colgada, con su

propio trarihue²⁵ se ahorcó. Así se acabó la brujería en esa reducción.

Pero, la gente le dijo a Simona:

—Si usted hace lo mismo que su madre la vamos a matar.

Eso le hablaron porque antes había libertad para asesinar a los que se portaban mal en una reducción. Simona siguió viviendo con su marido y su hijita porque ella no conocía esos secretos de su madre, ella no era chon-chon.

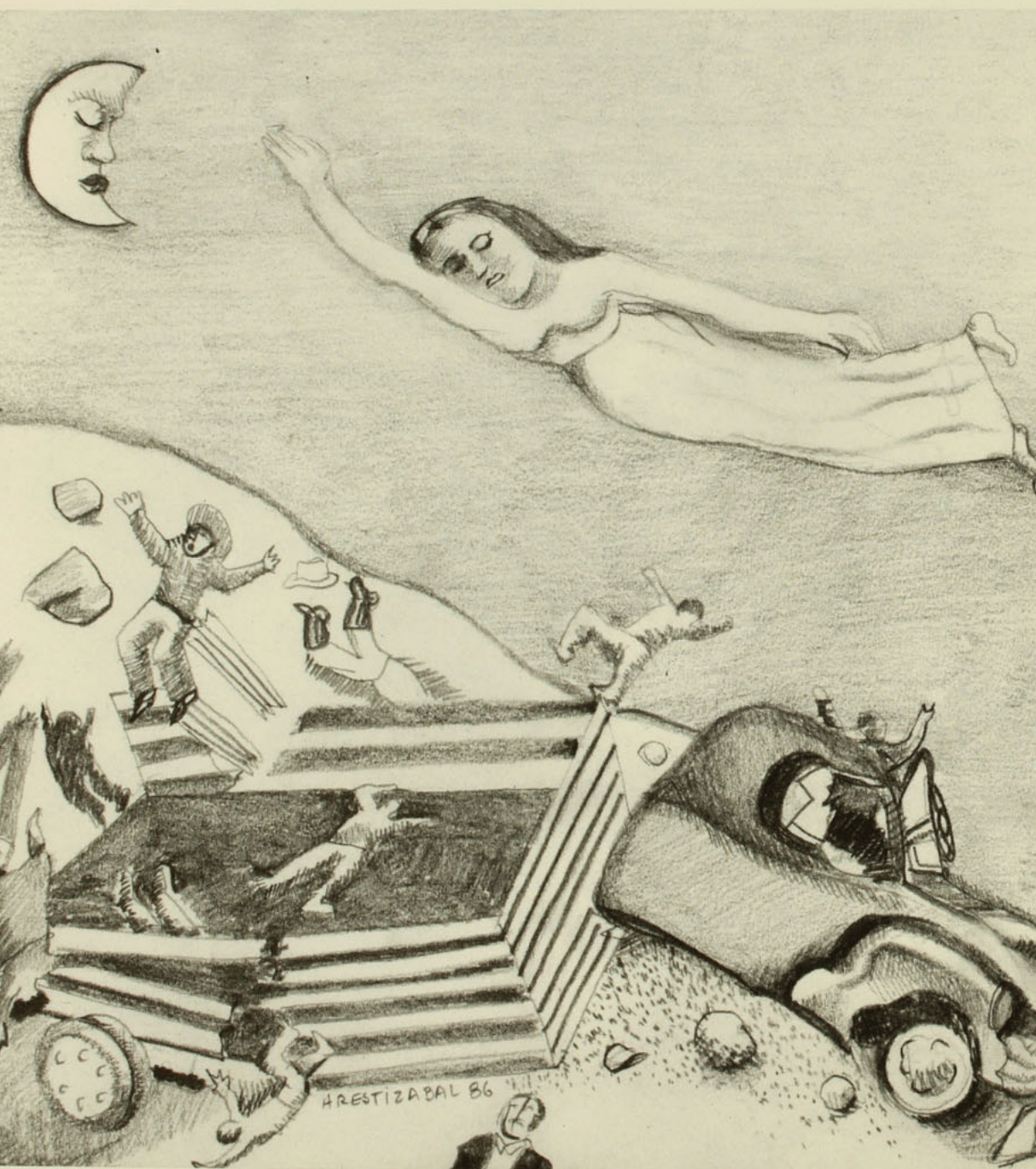
EL SUNPALL CASTIGA A UN RICO²⁶

En Temuco había un hombre que era dueño de más de una cuadra en la ciudad, tenía frutas del país, bodegas de vino, almazaras y una millonaria de pollinos y vacas. Una vez, al estar ocupado con algunas de sus cosas, se levantó en la noche y se fue a dormir a una casa que vivía con un hijo, era hijo de una de las hijas de Temuco por todos juntos en su vida, pero él era el dueño de muchas cosas para su familia, para su familia, en el campo.

Salieron con él en su vida, pero él era el dueño de muchas cosas para su familia, para su familia, en el campo. Él era el dueño de muchas cosas para su familia, para su familia, en el campo. Él era el dueño de muchas cosas para su familia, para su familia, en el campo. Él era el dueño de muchas cosas para su familia, para su familia, en el campo.

Él era el dueño de muchas cosas para su familia, para su familia, en el campo. Él era el dueño de muchas cosas para su familia, para su familia, en el campo. Él era el dueño de muchas cosas para su familia, para su familia, en el campo.

EL SUNPALL
CASTIGA
A UN RICO 26



En Temuco había un hombre que era dueño de más de una cuadra en la ciudad, tenía frutos del país, bodegas de vino, almacenes; era millonario, dueño de dos teatros. Una vez, otro rico compró una hijuela de doscientas hectáreas en Toltén y quiso inaugurarla. Invitó al otro millonario de Temuco, éste era viudo, pero vivía con un hijo, una hija y una ama de llaves. Partieron todos juntos en un camión, el de Toltén compró muchas cosas para hacer la fiesta, para comer en el campo.

Salieron como a las cuatro de la mañana de Temuco, muy temprano se acercaron al río Toltén, por allí donde el camino va orillando el río. Al amanecer, apenas salió el sol, vieron una gran piedra en el camino, y encima de la piedra sentada una niña bien bonita. Linda era la chica, todos sus atuendos eran verdes: la bata, los zapatos, las medias y la cinta de su pelo. Muy sentadita con las piernas cruzadas estaba esa niña, delgadita, finita.

—¿Estará esperando que alguien la lleve? —dijo el que manejaba, y deteniéndose a su lado agregó —¿la llevamos?

Ella no contestó, pero se levantó y subió a la parte de atrás del camión. Siguieron la marcha, bajaron por una pendiente y de repente al vehículo se le cortó la direc-

ción y se volcó al río. El río Toltén es bravo y hondo de un verde oscuro. Murió el rico de Temuco, también el de Toltén, seis personas fallecieron ahí; solamente los jóvenes se salvaron porque alcanzaron a sujetarse de las quilas de los árboles.

Nadie preguntó por la niña, ningún pariente apareció. Averiguaron en carabineros, pero nadie la conocía. "¿Quién sería esa joven?", inquirían. El millonario de Temuco, como rico que era, trabajaba con el witranalwe²⁷, a ese nunca lo encontraron. A los otros, como a los tres meses los pillaron unos buzos que contrataron en otros países. El de Temuco y la niña no aparecieron en las aguas, dice la hija que ella vio cómo la joven de verde voló encima cuando el camión cayó. Por eso, toda la gente, los campesinos que trabajaban en medias con el rico, decían: "A ese lo fue a buscar el Sunpall, el Sunpall lo castigó".

LA QUE SE BAÑO CON EL SUNPALL

Una joven lavaba en el río Quape, ella tenía una bajadita para llegar al río. Allí se bañó y se bañó. Un día, después de lavarse...

...se bañó y se bañó. Un día, después de lavarse...

...se bañó y se bañó. Un día, después de lavarse...



LA QUE
SE BANO CON
EL SUNIPALL



Una joven lavaba en el río Quepe, allá hay una bajadita para llegar al río. Ahí se bañaba y lavaba ropa. Un día, después de las doce, dijo: "Me voy a lavar la cabeza".

—¿Para qué vas a esta hora? —la retó su mamá.

—¡Qué importa! Yo voy nomás, allá voy a lavarme con el Sunpall.

—¿Por qué? ¿Acaso tú ves al Sunpall en el río? —le preguntó su madre.

—Siempre le hablo ¿dónde estarás Sunpall? ¿Por qué no me convidas shampoo para lavarme el pelo? —le contó.

Alguien había dicho que el Sunpall se lavaba el pelo con jugo de maqui resfregado para tenerlo más largo. Una vez, la joven fue al río y encontró un rollo de maqui resfregado encima de una piedra "¡Chitas —dijo— andaba el Sunpall por aquí! ¿adónde se iría?" Miró para todos lados. Se lavó, se echó agua con maqui. "Para que me crezca el pelo", decía. Tenía el pelo largo, pero ella quería más. Después, habló con su mami:

—Andaba el Sunpall, dejó así tanto de maqui y yo me lavé.

—¡Qué confianzuda! ¿Para qué hiciste eso?

—¡Es que tengo tan quemado el pelo, así se me arregla!

Al poco tiempo se le compuso el pelo, le creció, más grueso, más negro. Al año, a la joven el pelo le llegaba a las rodillas. No podía agacharse porque le pesaba, no podía sostener su cabeza derecha sino que se le iba para atrás de tanto peso, no podía hilar, ni mirar el suelo. Su papá le dijo:

—¿Por qué tu pelo creció así? Trae una tijera, te lo voy a cortar. ¿Cómo vas a andar así?

La sacó al sol, tomó las tijeras, le cortó su pelo hasta la cintura, después más arriba y de cada pelo salía sangre, de cada mechón sangre.

—¿Por qué sale esta sangre de tu pelo? —dijo el papá asustado.

—¡Esta se lavó con el Sunpall! —le contestó la mamá.

Le cubrieron la cabeza con paños, con géneros; pero igual la sangre no se detenía, dele sangrar. Entonces, la llevaron al río Quepe, ahí donde se bañaba, así se le estancó la sangre. La llevaron de vuelta a la casa con su cabeza amarrada; pero nadie pudo dormir esa noche, amaneció en vela esa familia. En la mañana la joven se volvió loca.

—¡Ay mi pelo, mi pelo! ¿por qué me lo cortaron! —decía ella y corría para todos lados, tuvieron que amarrarla, de nada sirvió porque se soltó. Se fue corriendo para el Quepe, se tiró al río, murió. Después sacaron el puro cuerpo. Así pasó.

EL ZORRO QUE CAYO DEL CIELO

Un día el zorro se encontró muy solo y triste, a su señora la habían matado porque la pillaron robando. El zorro se sentía muy mal y pensó: "Voy a ir a ver a mi amigo", partió en su búsqueda.

—¿Dónde está mi amigo? —le preguntó a un vecino.

—Su amigo está en el cielo ahora.

—¿Y cómo puedo hablar con él?

—Llamándolo nomás, yo los voy a comunicar para que conversen, uno de estos días va a venir un amigo.

Así, apareció de repente el amigo del zorro y le preguntó.

—¿Qué te pasa hombre?

—Me pasan muchas cosas malas, estoy triste porque no quería hablar contigo.

—Vámonos para el cielo unos días, allá es donde es paradoso, allá vas a comer mucha carne.

—¡Vál! —le dijo el zorro contento— me voy contigo al cielo.

Se lo llevó el amigo, como a los quince días le dijo el zorro:

—Amigo, me voy a ir, ya estoy muy paradoso, se me olvidó la pena. Me voy a mi tierra, voy a trabajar allá, ganando, tengo mucho que trabajar.

SIN VALOR COMERCIAL

Un día el zorro se encontró muy solo y triste, a su señora la habían matado porque la pillaron robando. El zorro se sentía muy mal y pensó: "Voy a ir a ver a mi amigo", partió en su búsqueda.

—¿Dónde está mi amigo? —le preguntó a un vecino.

—Su amigo está en el cielo ahora.

—¿Y cómo puedo hablar con él?

—Llamándolo nomás, yo los voy a comunicar para que conversen, uno de estos días va a venir tu amigo.

Así, apareció de repente el amigo del zorro y le preguntó.

—¿Qué te pasa hombre?

—Me pasan muchas cosas malas, estoy triste, por eso quería hablar contigo.

—Vámonos para el cielo unos días, allá es lindo, es precioso, allá vas a comer mucha carne.

—¡Ya! —le dijo el zorro contento— me voy contigo al cielo.

Se lo llevó el amigo, como a los quince días le dijo el zorro:

—Amigo, me voy a ir, ya estoy recuperado, se me olvidó la pena. Me voy a mi tierra, tengo animales allá, ganado, tengo mucho que trabajar.

Le dio mucha carne, le dio a escoger las partes que más le gustaban, costillas, piernas, cabezas. Lo envolvió y se lo amarró en la espalda.

—Aquí no hay maquinaria para que puedas irte, no hay bus, tren, avión, así es que voy a bajarte colgando —le dijo el amigo.

Entonces lo amarró de la cintura con un lazo.

—Cuando llegues abajo me avisas.

—Está bien, te avisaré —le contestó el zorro.

Poco a poco lo fue bajando.

—¿Llegaste? —le preguntaba.

—Todavía no.

—¿Llegaste? —le decía otra vez.

—Todavía no.

Hasta que apenas lo escuchaba, siguió diciéndole:

—¿Llegaste?

—Nooooo —se oía bajito la voz del zorro.

Le preguntó muchas veces y el zorro cada vez más despacito decía que aún no llegaba. El amigo pensaba: “¡Tanto rato! ¿Cómo no va a llegar?” Finalmente gritó.

—¡Zorro! ¿llegaste?

Y el zorro no contestó, lo soltó y se cayó de muchos metros a la tierra. Quedó tirado en una pampa, quebrado entero, machacado, la mochila por ahí, desparramada la carne. El jote sintió el olor y fue a ver qué había, bajó.

—¿Qué te pasó hombre, zorro?

—Es que fui a pasear al cielo y me soltaron de allá, quedé todo quebrado, ¡anda a buscar una machi! —le pidió al jote.

—¡Ya! no te preocupes, yo conozco una machi que a los muertos resucita.

Aparecieron otros zorros a verlo, también llegó el futamaye, los pájaros se juntaron ahí, todos fueron a mirarlo.

—¡Uh! éste está muy mal, se va a morir el pobre.

Pero el zorro no estaba tan mal, de puro mentiroso nomás se hacía el enfermo.

El jote fue a buscar dos vandurrias.

—Vengo a buscarlas porque nuestro amigo zorro está casi muerto, quiero que ustedes me ayuden, que vayan a sanar a mi amigo.

—Oh —dijeron las vandurrias— iremos allá a hacerle un machitún²⁸, kefafan²⁹ le vamos a hacer, tienes que juntar mucha gente para que podamos resucitar y aliviar a nuestro amigo.

Así, se juntaron todos los amigos del zorro, se colocaron alrededor de él. Las vandurrias llegaron tocando el cultrún³⁰ y cantando:

—El que está muerto cuatro años, lo resucito y tiene que resucitar, el que está muerto hace cuatro años lo resucito.

Pasaron a caballo alrededor del zorro todos sus conocidos, en círculo bailaban. Una cabra del monte también fue a ayudar. El futamaye se acercó al zorro y le preguntó al oído.

—¿Cómo te sientes zorro?

—Estoy bien, ya estoy bien, quiero comer cabra, hace que pasen más cerca.

—Oh —exclamó el futamaye— acérquense más a

nuestro amigo, para que pueda resucitar, para que se sienta apoyado.

El zorro le dijo al futamaye.

—Busca unos gusanitos y me los pones por el traste, otros por la nariz y otros por la oreja, para que así piensen que me están saliendo gusanos y se acerquen más las cabritas, los chivos y así puedo pescar a uno de las patas.

Partió el futamaye a buscar gusanos, se los repartió por todo el cuerpo.

—Parece que ya no va a resucitar nuestro amigo —les gritaba— le están saliendo gusanos, ¡acérquense más!

El ciervo miraba atentamente al zorro y lo vio moverse.

—¡Paren amigos, paren! voy a hablar unas palabras: nunca he visto yo un muerto que se esté moviendo.

Todos se quedaron pensando “¿cómo se movería? ¡No —dijeron— éste nos está mintiendo!” El león se puso a llorar, a lagrimear para que le creyeran al zorro, se puso muy triste el futamaye. Entonces los otros se compadecieron. “Ya, pasemos otra vez”. De repente alguien dijo:

—¡Se movió de nuevo!

—¡Está mintiendo! —gritaron enojados— mejor que se muera de verdad para que se vaya al infierno— ¡que muera! ¡que muera!

Mientras todos chillaban las bandurrias seguían cantando:

—El que está muerto hace cuatro años lo resucito, el que está muerto lo resucito.

De pronto, el zorro se levantó y abrazó a las machis.
—¡Gracias! ¡Gracias! ustedes me sanaron.

Así, el zorro que se hacía el muerto resucitó y hasta la hora de hoy está por ahí robando ovejas y gallinas.

EL ZORRO Y EL LEÓN

El zorro y el león se encontraron en una pradera.
—¡Puchas que tengo hambre! —dijo el león.
—Yo también —le contestó el zorro.
—Entonces vamos a cazar un cordero.
—Está bien, estoy de acuerdo.
—Pero como tú eres más rápido, tú caza una oveja —ordenó el león.

Fue el zorro y encontró un grupo de ovejas con corderitos nuevos. La oveja estaba nerviosa y corrió al norte. lo dejó tirado.

—¿Qué te pasó hombre? —le preguntó el león.
—¡Ay! me quebré una costilla.
—¡Puchas que eres torpe hombre! Ven para acá, yo ire a cazar.

Partió el león y persiguió una oveja. Se escondió bajo una quila y empezó a hacer ruidos. El zorro llegó a la trampa, simulando que le dolía una pierna. El león lo arrastró le red, y al león.

—¿Por qué no me das un pedacito de carne?
—¡No, eso es lo que más me gusta a mí!
—Un pedacito de la cola siquiera —suplicaba el zorro.
—¡No, eso es lo que encuentran los perros!
—Pero, una puntita de castilla —insistió el zorro.

El zorro y el león se encontraron en una pampa.
—¡Puchas que tengo hambre! —dijo el león.

—Yo también —le contestó el zorro.

—Entonces vamos a cazar un cordero.

—Está bien, estoy de acuerdo.

—Pero como tú eres más gallo, cázate una oveja —ordenó el león.

Fue el zorro y encontró un piño de ovejas, con corderitos nuevos. La oveja estaba mañosa y corneó al zorro, lo dejó tirado.

—¿Qué te pasó hombre? —le preguntó el león.

—¡Ay! me quebré una costilla.

—¡Puchas que eres tonto hombre!, ven para acá, yo iré a cazar.

Partió el león y pescó una oveja, la escondió bajo una quila y empezó a comer. El zorro llegó a la rastra, simulando que le dolía mucho, con voz lastimera le pidió al león:

—¿Por qué no me das un pedacito de oreja?

—¡No, eso es lo que más me gusta a mí!

—Un pedacito de la colita siquiera —suplicaba el zorro.

—¡No, eso es lo que encuentro mejor!

—Pero, una puntita de costilla —insistía el zorro.

—¡Puh! eso es lo que me gusta más.

—Entonces, dame un pedacito de esa tripa negra
—dijo por fin el zorro.

—Bueno, de eso sí te doy —le pasó un pedazo de tripa el león.

—¡Uy que está amargo lo que me dio el futamaye!

—¿Qué dijiste? —preguntó el león.

—Nada, que estaba rico lo que me dio el futamaye.

—Ya, espérate un rato y te daré un hueso.

El zorro se quedó esperando, pasó el tiempo, de pronto el león le gritó.

—¡Zorro! ayúdame a sacar esta carne, agarré una mula, y quiero llevarle comida a mis cachorros que ya tendrán hambre.

Corrió el zorro, cortó y empaquetó la carne de la mula. Partió por el camino de la casa del león, en la mitad se comió toda la carne. “Ahora sí que estoy lleno, voy a guardar todos los huesos en este saco”, siguió hasta llegar a la morada donde estaban los cachorros. Cuando los vio les dijo:

—Aquí les traigo alimento: uno tiene que hacer el fuego, el otro que busque leñita, el otro que vaya a buscar agua, otro que lave la olla y otro que la ponga al fuego, porque les tengo harta comida.

Los cachorros corrieron de acá para allá, hicieron todo lo que el zorro les ordenó.

—Miren, pónganse todos alrededor de la olla y el que primero avise que hirvió le voy a dar la presa más grande.

Todos los leoncitos se agruparon y miraron atentamente, al rato uno gritó:

—¡Ya hirvió!

Entonces el zorro se aprovechó, arrolló a todos los cachorros y los metió dentro de la olla. Uno alcanzó a saltar y se escapó, se subió arriba de un hualle. Lloraba, se lamentaba: “¡Perdí a mis hermanitos! ¡Ay! ¡Ay!” El león escuchó los quejidos y llegó muy rápido.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras? ¿Por qué estás en el hualle? —le preguntó a su hijo.

—¡Ay! es que pasó un hombre bajito, con una cola redonda y una orejita parada, ese se llevó a mis hermanitos.

—¡Ah! ese es el zorro, vamos a perseguirlo, bájate de ahí.

—¡No! —gritó el cachorro— tengo miedo, me puede matar a mí también.

—Está bien, saldré yo solo —le replicó su papá.

Cuando salió el león por los caminos buscando al zorro, se encontró primero con un tiuque.

—¿No viste al zorro pasar por aquí? le preguntó.

—Yo he estado cocinando mi camisa, ayer tuvimos fiesta y nos peleamos, me rompieron la camisa —contestó el tiuque.

—¡Los piojos te andarás buscando!, ¿para qué hablas así? ¡piojento mentiroso!

Más allá se topó con el jote.

—¡Hola! ¿has visto al zorro por aquí?

—Yo me estoy lavando la cabeza porque ayer dimos vuelta el barbecho y se armó una pelea, me pegaron y me rompieron la cabeza.

—¡Bah! tú vives todo el tiempo con la cabeza rota. Siguió caminando y encontró un pájaro.

—¡Hola zorzal! ¿has visto al zorro?

—Yo estoy trabajando, no tengo tiempo para mirar el camino.

—¡Trabajando! gusanos estarías buscando.

Fue a la casa de la tenca el león, también a ella le preguntó por el zorro.

—No, yo no he visto hace mucho tiempo al zorro —le contestó.

—¡Claro! porque te lo pasas robando maíz nomás, por eso no viste al ladrón.

Después, se cruzó con la perdiz.

—Oye, ¿el zorro no ha estado por aquí?

—No lo he visto, tengo mucho que hacer en la casa, tú sabes que yo no salgo a la calle.

—Estarías acortando tu vestido para que sea más corto, por eso no miraste —la retó el león.

Al final, se encontró con la golondrina y ella le informó:

—¡Recién vi al zorro que entraba a ese hoyo, iba a alcanzarlo; pero entró a la cueva de los chingues! ¡Ahí se metió!

El zorro era muy amigo del chingue y le contó sus problemas: que el león lo venía persiguiendo, que lo iba a matar, que lo dejara esconderse en su casa. El chingue aceptó. Al rato salió de su cueva, vio al león.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Ando buscando al zorro que está escondido en tu casa —le dijo el león.

—No, estás equivocado, yo estoy solo y muy enfermo, tengo un divieso en el quichiu³¹.

—A ver hombre —dijo el león— tiéndete ahí para mirar qué es lo que tienes.

Se tendió el chingue y cuando el león se acercó le lanzó un pun y el futamaye se desmayó. Entonces, salió el zorro de la cueva y saltaba alrededor del león burlándose.

—¡Péscame ahora futamaye! ¡Péscame ahora!

De repente se despertó el león y alcanzó a tomar de la cola al zorro, le quebró la mitad de la cola; pero el zorro se escabulló y se metió de nuevo en la casa del chingue.

El león se quedó esperando. Más tarde salió otro chingue.

—¡Hola amigo maye! ¿qué está haciendo aquí?

—Estoy esperando al zorro porque lo voy a matar.

—¡Uh! no diga eso, no sea tan malo maye, fíjese que tengo tanta hambre y tengo un pedazo de carne y no lo puedo comer porque está muy duro.

—Bueno, anda a buscarlo, yo te lo machaco un poquito y después te lo puedes comer.

Entró el chingue a la cueva y regresó con la carne.

—Aquí la traigo, sírvete nomás maye, come hartito.

El león comió la carne, pero estaba envenenada, la habían envenenado para que el futamaye se muriera y cuando terminó de mascar ya se había desmayado, cayó al suelo el león. Después, salió el zorro de la casa del chingue y saltó encima del cuerpo del león, se reía, lo retaba. Ahí quedó el futamaye, así se terminó su vida.

EL ZORRO Y LA PERDIZ

Un día el zorro andaba buscando a la gallina, se encontró con la perdiz.

—¿Qué estás haciendo por aquí hombre, y tan temprano? — le preguntó.

—Ando viendo si me puedo robar una gallina.

—¡Uh! está muy difícil, andan muchos cazadores hoy día.

—¡Ah! pero yo soy muy astuto; nadie puede engañarme, ni pegarme, ni pescarme, nadie lo puede hacer — le dijo el zorro.

—Buena — replicó la perdiz — haz lo que quieras entonces.

La perdiz se alejó y comenzó a cantar, "ti ti ti ti", el zorro la alcanzó.

—¿Qué es lo que estás cantando?

—Ti ti ti ti — siguió cantando — ti ti ti.

—¿Mira, tengo un pedazo de pan aquí ¿por qué no me enseñas a cantar y te pago con este pan?

—Podría ser, yo te enseño, pero el problema es que tienes la boca muy grande, lo único que yo podría hacer es cocerla.

—¡Claro! — exclamó el zorro.

—¿Así te animas?

—Sí pues.

Un día el zorro andaba buscando a la gallina, se encontró con la perdiz.

—¿Qué estás haciendo por aquí hombre, y tan temprano? —le preguntó.

—Ando viendo si me puedo robar una gallina.

—¡Uh! está muy difícil, andan muchos cazadores hoy día.

—¡Ah! pero yo soy muy astuto, nadie puede engañarme, ni pegarme, ni pescarme, nadie lo puede hacer —le dijo el zorro.

—Bueno —replicó la perdiz— haz lo que quieras entonces.

La perdiz se alejó y comenzó a cantar, “ti ti ti ti”, el zorro la alcanzó.

—¿Qué es lo que estás cantando?

—Ti ti ti ti —siguió cantando— ti ti ti.

—Mira, tengo un pedazo de pan aquí ¿por qué no me enseñas a cantar y te pago con este pan?

—Podría ser, yo te enseño, pero el problema es que tienes la boca muy grande, lo único que yo podría hacer es cocértela.

—¡Claro! —exclamó el zorro.

—¿En serio te animas?

—Sí pues.

La perdiz le coció el hocico al zorro, y le ordenó:
—Ahora di: hua hua hua.

Pero el zorro no podía cantar porque todavía no tenía la boca del porte adecuado.

—Di: pi pi pi pi pi.

Y como el zorro no la imitaba, la perdiz le coció más la boca, casi se la cerró. Ahí pudo cantar, “pi pi pi pi” decía el zorro feliz.

—Ya, ahora pásame el pedazo de pan.

Le pagó el zorro y la perdiz se fue. Entonces, el zorro partió al monte, por los caminitos, senderitos iba cantando muy contento. “Ahora si que sé cantar”, pensaba muy alegre.

La perdiz se encontró con otra en el monte.

—¿Quién será el que anda por ahí? Escucho un canto extraño.

—¡Ah! ese es el zorro.

—¿Y cómo aprendió a cantar con nuestra voz?

—Es que yo le enseñé.

—¿Por qué lo hiciste? Después nos va a engañar con ese canto.

—No, no lo hará.

—¿Y qué te dio?

—Me pagó con un pedazo de pan.

—Dáme entonces un pedacito a mí ¿no andará trayendo más?

Las dos perdices se sentaron a comer el pan, escucharon el canto del zorro y lo encontraron muy lindo.

—¡Estamos perdidas! —dijo una— no vamos a poder vivir más en este monte porque el zorro nos va a cazar.

—Mira, vamos a hacer una cosa —dijo la otra— me voy a parar en el caminito, escondida, y voy a asustar al zorro, le voy a hacer pi pi pi pi y tú aprovechas para arrancarte lejos.

—Está bien.

Así, la perdiz asustó al zorro, con el miedo se le rajó el hocico porque dijo: ¡Ah!, y se le llenó de sangre la boca. Las perdices huyeron rápidamente del lugar.

—¡Puchas! ésta me hizo linda trampa ¿dónde habrá agua cerca? —decía el zorro.

Al rato pasó un pajarito.

—Hola vandurria ¿dónde hay agua por aquí?

—Allá en un estero, no está lejos —le indicó la vandurria el lugar.

Partió el zorro, cubriéndose la cara porque le daba vergüenza ¡a él nadie lo engañaba! En el estero se lavó la boca, se limpió la sangre, estaba en eso cuando apareció el coipo.

—Hola zorro, pero hombre ¿quién te pegó un puñete?

—Nadie, es que recién me comí una oveja, hice ñachi³² y me lo comí.

—No, eso no parece ñachi, yo creo que alguien te pegó —le dijo el coipo riéndose.

—No, si lo que pasa es que me caí —le dijo el zorro compungido.

—No te creo nada, alguien te pegó a ti —le habló burlón el coipo.

El zorro se echó junto al estero y el coipo ríe que ríe. Se quedó dormido, el coipo se montó en él y simulando que cabalgaba, decía:

—Ya pues zorro, nos vamos a casar los dos.

Se despertó enojado “Hasta éste que se ría de mí, no puede ser”, pensaba enrabiado. Se levantó y quiso cazar al coipo, lo persiguió, pero ya se había zambullido en el agua. Se quedó esperando hasta que volviera a salir, estuvo todo el día esperando. En eso, apareció el guanaco.

—¿Qué estás haciendo aquí zorro? Se ve que estás muy enojado.

—No, estoy esperando que el agua se refresque, está muy tibia.

—No te creo, cuéntame que te pasó.

El zorro le contó sus desventuras con la perdiz y después con el coipo.

—Mira, me voy a meter al agua —le dijo el guanaco— y cuando salga, el coipo estará encima de mí, ahí lo pescas tú sin problemas.

Se metió el guanaco al estero, tomó agua, se quedó un rato.

—¡Hola guanaco! —salió el coipo— llévame en ancas.

—Sube nomás —le dijo el guanaco.

Iban saliendo el coipo y el guanaco del agua, el zorro se acercó sigilosamente por atrás, cuando aparece otro coipo y se monta arriba de él.

—¡Con éste voy a casarme, con éste me voy a casar! —gritaba espoleándolo.

El coipo que iba sobre el guanaco se lanzó al agua riendo, el que montó al zorro se zambulló. Así, el zorro quedó en vergüenza, pateando de rabia. Hasta ahí quedó el cuento.

EL CHIRIU

Mi abuelita contaba de ese pajarito Wihakeirante, que los huincas²³ le dicen Chiriu, es un chico que sube y dice "tiu, tiu, tiu" y después cae para subir otra vez "tiu, tiu, tiu", en eso se lo pasa. Una vez en junio cayó helada, entonces el tiempo estaba grandecito y ese pajarito cayó en la helada y se le heló y se le quedó una patita. Después de un tiempo, alguien le preguntó:

—Helado, ¿cómo me lo puedo hacer?

—¡A mí! ¿cómo me laboraron, ¿cómo me laboraron? bien loco y así, el sol me heló y el viento me heló, el sol me heló y el viento me heló.

El pajarito se le heló y se le quedó una patita.

—¿Por qué se le heló una patita?

—¡Yo! ¿cómo me laboraron, ¿cómo me laboraron? a tantos años, ¿cómo me laboraron, ¿cómo me laboraron?

—¿Y cómo me laboraron, ¿cómo me laboraron?

—¿Yo! ¿cómo me laboraron, ¿cómo me laboraron?

—¿Yo! ¿cómo me laboraron, ¿cómo me laboraron?

—¿Yo! ¿cómo me laboraron, ¿cómo me laboraron?

—¿Yo! ¿cómo me laboraron, ¿cómo me laboraron?

—¿Yo! ¿cómo me laboraron, ¿cómo me laboraron?

—¿Yo! ¿cómo me laboraron, ¿cómo me laboraron?

—¿Yo! ¿cómo me laboraron, ¿cómo me laboraron?

—¿Yo! ¿cómo me laboraron, ¿cómo me laboraron?

—¿Yo! ¿cómo me laboraron, ¿cómo me laboraron?

—¿Yo! ¿cómo me laboraron, ¿cómo me laboraron?

—¿Yo! ¿cómo me laboraron, ¿cómo me laboraron?

EL CHIRU...
...no puede ser", pensaba entristecido. Se levantó y quiso cazar el cuervo, lo persiguió, pero ya se había zambullido en el agua. Se quedó esperando hasta que volviera salir, estuvo todo el día esperando. En eso, apareció el guanaco.

—¿Qué estás haciendo aquí zorro? Se ve que estás muy enojado.

—No, estoy esperando que el agua se refresque, está muy tibia.



Mi abuelita contaba de ese pajarito Witraketránfe, que los huincas³³ le dicen Chiriu, es uno chico que sube y dice "tiu, tiu, tiu" y después cae para subir otra vez "tiu, tiu, tiu", en eso se lo pasa. Una vez en junio cayó helada, entonces el trigo estaba grandecito y ese pajarito cayó "tiu, tiu, tiu" en la helada y se le quebró una patita. No podía volar. Entonces, el pajarito le preguntó a la helada:

—Helada ¿por qué me quebré?

—¡A mí que me importa que te quebraste! yo estoy bien aquí y sale el sol y me derrite toda. Yo no sé por qué el sol me hace eso.

El pajarito fue donde el sol y le dijo:

—¿Por qué me quebré, sol?

—¡Qué viene a decirme a mí! Cuando yo estoy de lo más bien alumbrando, viene una nube gruesa, oscura y me tapa —le contestó el sol.

El pajarito fue a las nubes y les dijo:

—¿Por qué me quebré?

—¡De eso no sabemos nada! Nosotros estamos muy bien tapando todo y viene un viento y nos tira al mar. El viento nos hace así.

Fue a decirle al viento el pajarito:

—Viento, ¿por qué me quebré?

—¡Ah! —dijo el viento— yo, en una casa bien tejida no puedo pasar, no entro, yo no tengo nada que ver.

El pajarito fue entonces a la casa y le preguntó:

—¿Por qué me quebré, casa?

—Yo estoy bien tejida, no pasa lluvia ni viento, pero viene el ratón y me hace tira.

El pajarito le dijo al ratón:

—Ratón, ¿por qué me quebré?

—Yo, cuando estoy en una casa —le dijo el ratón— ando buscando que robar, viene el gato, me pesca y me mata.

Fue donde el gato el pajarito:

—¿Por qué me quebré, gato?

—¡No sé yo! Cuando estoy en mi casa, a la orilla del fuego calentándome lo más bien, ¡salta una chispa y me quema la mano!

El pajarito le habló al fuego:

—¿Por qué me quebré?

—¡Nada tengo que ver! Yo estoy bien prendido, llega un balde de agua y me quedo negro.

El pajarito fue donde el agua y el agua le dijo:

—¡Ah! cuando estoy bien tranquilita, llega un buey cansado por el calor y me toma toda.

Y fue donde el buey el pajarito y el buey le contestó:

—Yo estoy comiendo lo más bien el pasto, llega el lazo y me lacea.

Fue donde el lazo el pajarito:

—Lazo ¿por qué me quebré?

—Yo estoy bien estiradito, viene el cuchillo y me hace tira.

El pajarito habló con el cuchillo y el cuchillo le dijo:

—¡El herrero me aplasta! ¡Me hizo el herrero, yo no sé nada!

El pajarito fue donde el herrero, de esos que tienen fragua:

—¿Por qué me quebré?

—A mí Dios me dejó, nada tengo que ver con lo que te pasa, Dios me dejó —le contestó el herrero, enojado.

Y el pajarito fue donde Dios y golpeó:

—¿Quién es? —preguntaron.

—Yo —dijo el pajarito.

—¿Qué quiere?

—¿Por qué me quebré Dios?

Y Dios sacó un palo y le dio un palo al pajarito, lo tiró para abajo, hasta ahí llegó el pajarito y se acabó el cuento.

SIN VALOR COMERCIAL

NOTAS

- ¹ El mapudungu es el idioma mapuche (mapu = tierra; dungu = palabra).
- ² Es decir, en una punta de lanza.
- ³ Esta referencia corresponde a la recolección de piñones —típica de la zona Pehuenche— y que se realiza durante ciertas épocas del año. Los piñones son el fruto de la araucaria (*Araucaria imbricata*).
- ⁴ Esta es una forma cariñosa de designar al padre entre los mapuches.
- ⁵ La traducción literal sería amanecer (wün) vieja (kuzé). Normalmente las divinidades mapuches son duales, utilizándose el kuzé para designar a la parte femenina y fuchá para la parte masculina.
- ⁶ Estos “leones” son los pumas chilenos, los que en los relatos que aparecerán a continuación serán denominados como futamaye (futá = grande; maye = tío paterno y los sobrinos del mismo). El león (puma) entonces será designado como el gran tío, haciendo con él una analogía con el parentesco humano.
- ⁷ Llepü o balai, que para Augusta es una fuente plana, redonda, tejida de quilas (pp. 123, Diccionario Araucano-Español y Español Araucano, Imprenta Universitaria, Santiago, 1916).
- ⁸ Es el espino negro (*Discaria serratifolia*).
- ⁹ Arrugado, para Lenz “estar ñonchi = arrugado, se dice de papas, peras, brevas, etc. viejas... El significado primitivo será “pasado”, “demasiado maduro” (pp. 535, Diccionario Etimológico, Imprenta Cervantes, Santiago, 1905-1910).
- ¹⁰ La ruka es la casa.
- ¹¹ Punfutá o Gran Noche (pun = noche; futá = grande).

- 12 El término pillazquén, según Paula Painén, alude a un modo cariñoso de denominar a los animalitos pequeños; para Augusta, esta palabra corresponde a "Cierto pajarito de color ceniza con listas blancas en la cabeza (el churrete, *Upucerthia vulgaris*)" (pp. 112, *Op. cit.*). Un dato entregado por Armengol Valenzuela, en su libro *Glosario Etimológico* (Imprenta Universitaria, Santiago, 1918), da cuenta de una relación entre el pájaro churrete y el león, que correspondería según él a Panguetureo (cf. pp. 143).
- 13 Los aligüen son un conjunto de árboles altos.
- 14 El Pillán Toqui es el "...hacha mágica que figura en los cuentos araucanos: implorándose al Ngenechén (Dios) éste la hace bajar del cielo, siendo su virtud la de cortar de un solo golpe los árboles más gigantescos" (Augusta: 181, *Op. cit.*).
- 15 Es una enredadera que crece entre los árboles (*Cissus striata*).
- 16 La cutama corresponde a "Costal, alforjas especiales formadas oportunamente por el poncho de los hombres o el rebozo de las mujeres" (Lenz: 296, *Op. cit.*).
- 17 Son un tipo de alfombras tejidas a telar cuya particularidad reside en que son tejidas con pequeños trozos de lana.
- 18 El chamal es el vestido de lana negra que usan las mujeres mapuches.
- 19 Manta.
- 20 El Trilkewecufe es un "cuero" de características maléficas que vive en las aguas (trilke = cuero, pellejo; wecufe = espíritu del mal).
- 21 El chon-chon es un pájaro nocturno asociado a la brujería, también es la cabeza de la bruja (o brujo) que se desprende de su cuerpo y sale a volar por las noches.
- 22 Este término designa a la zaranda que se cuelga cerca del fogón. Erize lo consigna como chiñizwe (ver pp. 116, *Diccionario comentado Mapuche-Español, Araucano, Pehuenche, Pampa, Puelche, Ranquilche, Huilliche. Cuadernos del Sur, Universidad Nacional del Sur. Editorial Peuser, Buenos Aires, 1860*).
- 23 La machi es la curandera, cumple las funciones de un chamán y tiene un rol importante en la reproducción de la vida religiosa y

mágica de los mapuches (mayores antecedentes se pueden encontrar en Metraux, *Religión y magias indígenas de América del Sur*, Ediciones Aguilar, Madrid 1973).

24 El Padre-Dios (Chao=padre).

25 Es un cinturón tejido a telar que usan las mujeres mapuches.

26 El Sunpall es un ser mitológico que mora en las aguas, puede adoptar características masculinas o femeninas y también estar ligado ya sea a lo benéfico o a lo maléfico (mayores antecedentes se pueden consultar en H. Carrasco, "El mito del Shunpall en relatos orales mapuches". Tesis para optar al grado de Magister en Literatura con mención en Teoría Literaria, Valdivia, Universidad Austral de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, 1981).

27 El witranalwe es una representación ligada al mal. Else María Waag dice que witrán puede significar "forastero" y como verbo "pararse"; por otro lado, alwe designa el espíritu del muerto o el alma del muerto (mayores antecedentes sobre este ser mitológico pueden encontrarse en la obra de la autora mencionada: *Tres entidades wecufe en la cultura mapuche*, Eudeba, Buenos Aires, 1982).

28 Es la ceremonia por medio de la cual la machi cura a los enfermos.

29 También se puede decir kevavan y significa "Interrumpir la voz dando palmoteos contra la boca abierta, con lo cual los indígenas expresan gran regocijo en sus rogativas..." (Augusta: 80, *Op. cit.*).

30 Es el "Tambor o caja de que se sirven las machis para espantar al weküfu y con que acompañan su propio canto. Por un lado es de madera (que tiene forma de plato) y por el otro de cuero..." (Augusta: 98 *Op. cit.*).

31 El trasero.

32 Es la sangre cuajada de un cordero que se come cruda y aliñada con sal, ají y perejil.

33 Los huincas son los extranjeros, los no-mapuches.

En este universo mítico narrado por Paula Painén
y compuesto literariamente por Sonia Montecino,
el lector encontrará numerosos motivos
de la tradición oral folklórica chilena

Este proceso de mestizaje oral se inicia desde muy temprano
(a fines del siglo XIX o posiblemente antes de esa fecha) y,
sin embargo, la matriz pareciera continuar siendo mapuche
Igualmente sorprenderá al purista
y al esencialista cultural la inclusión de una
serie de elementos o términos contemporáneos
agregados a esta matriz: camiones, aviones, dinero, minifaldas, etc.
Empero, se percibe en estos relatos
la misma obsesión por la reciprocidad,
por la responsabilidad cósmica de los humanos
y de la comunidad, que ha sido
y es el impulso de las luchas por su identidad cultural,
por sus tierras, como por ocupar
un lugar digno en la vida de la sociedad nacional.

ROLF FOERSTER G.

